

Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-1857

139

# CAMPANA NACIONAL

Por

FRANCISCO MONTERO BARRANTES

CON ACOTACIONES DE

FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ



15 de Setiembre de 1955

SAN JOSE, COSTA RICA

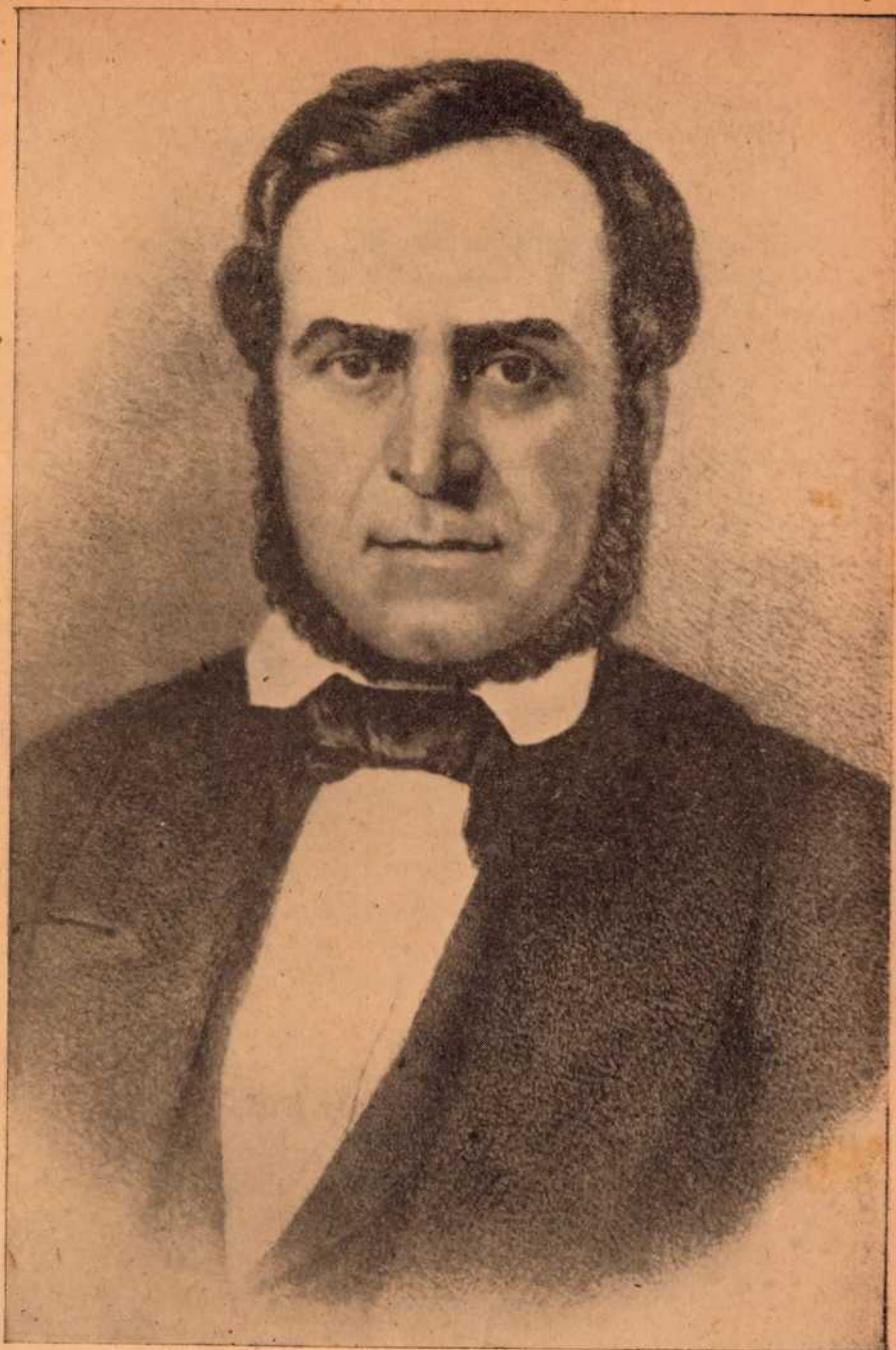
## PRESENTACION

**S**IGUIENDO nuestro plan de divulgación histórica,—inspirado en el deseo de interesar al pueblo, de levantar su espíritu cívico—, ofrecemos ésta reseña de la Campaña de 856-1857, que insertó el licenciado don Francisco Montero Barrantes en su libro, ELEMENTOS DE HISTORIA DE COSTA RICA, publicado el año 1892 (Tipografía Nacional), y que comprende los capítulos III al VI inclusive, del segundo tomo. (Págs. 32 a 74).

Pero nos hemos permitido hacerle los arreglos y las anotaciones necesarias al reeditarla, al cabo de sesenta y tres años. Esa revisión actualiza dicho trabajo, inteligentemente hecho por uno de nuestros mejores historiadores, cuyo recuerdo será siempre grato. El también sirvió a la enseñanza, y consecuentemente, su libro está adaptado a lo que, en aquel momento, se tuvo como lo mejor, para un texto didáctico.

San José, Costa Rica.

15 de setiembre de 1955.



**DON JUAN RAFAEL MORA**  
Presidente de la República  
y General en Jefe de las tropas costarricenses en 1856-1857.

## CAMPAÑA NACIONAL DE 1856-1857

1º—En tanto que Costa Rica, la más pequeña de de las Repúblicas centroamericanas, progresaba rápidamente a la sombra bienhechora de la paz, gracias a la cordura de sus hijos y al patriotismo de sus gobernantes, Nicaragua, nuestra hermana de allende el San Juan y la Flor, era presa de la guerra civil que la desolaba y que convertía aquel hermoso país en un yermo abrasado por el fuego de las pasiones.

En apariencia la defensa de los principios que informan la vida de una república, pero en realidad el odio que se profesaban los leoneses y los granadinos, trajo en 1854 aquella consecuencia fatal, que no paró en desgarrar en el seno de la patria sus propios hijos, sino que valiéndose de filibusteros para asegurar el triunfo uno de los partidos, amenazó a Centro América con entregarla a los esclavistas de los Estados Unidos para establecer aquí la más infame de las instituciones.

En Nicaragua regía la Constitución de 1838, según la cual el Jefe del Estado se llamaba director supremo y gobernaba por dos años.

Dos candidaturas aparecieron en 1854: la del Lic. don Francisco Castellón por la ciudad de León, y la de don Fruto Chamorro por la de Granada.

El triunfo de éste predispuso en contra suya a los leoneses, quienes no querían conformarse con el resultado de la elección, porque decían que se había hecho ilegalmente.

Sin embargo, la discordia civil no habría estallado si Chamorro por conservar el poder no se hubiera propuesto que una Asamblea constituyente reformara la Constitución para extender su período de mando.

Cuando inauguró su gobierno amenazó desembozadamente a sus enemigos, y poco después, por capricho y sin ajustarse a ninguna ley, mandó a capturar a varias personas prominentes y condenó a otras al ostracismo.

Al emitirse la nueva Constitución, declaró la Asamblea que Chamorro debía concluir su período de dos años y continuar por otro de cuatro años más.

“Se prescindió, pues, del pueblo y de las elecciones, contra el texto de la nueva ley que se emitía.

"Sin embargo de todo esto, el partido de Chamorro tomó el nombre de legitimista para indicar que estaba sujeto a la ley...

"Los opositores, en contraposición, tomaron el nombre de demócratas para indicar aspiraciones a un gobierno popular". (Dr. Montúfar.)

El guante había sido arrojado y la guerra civil estalló inmediatamente.

La municipalidad de León, sin atribuciones para ello, nombró director supremo del Estado al señor Castellón, quien expidió enseguida un decreto en que declaraba facciosos a todos los que sostuvieran a Chamorro.

Nicaragua tenía, pues, dos jefes supremos, dos ejércitos que se batían encarnizadamente en fratricida lucha, dos principios que se disputaban el campo, ninguna moralidad entre los contendientes, e imperando sobre todo, el odio recíproco de granadinos y leoneses.

Las peripecias de la larga lucha fueron, como sucede siempre, muy variadas; pero transcurría el tiempo y el triunfo no se decidía por ninguno de los contendientes, que paulatinamente iban consumiendo sus fuerzas y entregándose cada vez más a mayores excesos.

Después de inútiles mediaciones y empeños para obtener un avenimiento entre los partidos beligerantes, y cuando éstos se hallaban casi exhaustos para proseguir la lucha, aparecen en la escena Byron Cole y William Walker.

El primero, que tenía fija su atención en los sucesos de Centro América, comprendió pronto que los partidos de Nicaragua aceptarían el auxilio de los extranjeros para vencer, y dejó los Estados Unidos para dirigirse a aquel país.

Llegó a León, donde conferenció con el jefe de los demócratas, Castellón, al cual propuso un contrato para que vinieran en su ayuda 300 americanos que no recibirían sueldo sino terrenos en recompensa de sus servicios, al finalizar la guerra.

Castellón, ansioso de vencer, aceptó todas las condiciones que Cole le impuso, y éste regresó a los Estados Unidos para entenderse con Walker, quien debía dirigir la expedición.

William Walker, era natural de Nashville, en el Estado de Tennessee de la confederación Norteamericana. Dominado por una ambición ilimitada y muy audaz, abandonó su profesión de abogado por la carrera de las armas para satisfacer su sed de mando. A la cabeza de una partida de aventureros, invadió en 1854 el Estado de Sonora en México para apoderarse de él; pero fué derrotado y se vió obligado a huir. (\*)

Nota: Walker, contra lo que se ha dicho, era abogado, periodista y médico. Su espíritu de aventura tuvo su origen en un amor frustrado.

Después se hizo dueño de la Baja California, en donde fué proclamado Presidente por los suyos, pero también emprendió la fuga a los pocos días.

Acusado por el Gobierno de México, Walker fué sometido a juicio en San Francisco de California, y el jurado respectivo le absolvió entre las aclamaciones entusiastas del pueblo yankee.

Tal era el hombre funesto que había de aumentar los males que afligían a Nicaragua; el que se proponía hacer de la América Central una colonia esclavista de los Estados Unidos, y el que llenó de luto a cinco pueblos, dando lugar, sin embargo, a que ellos realizaran la epopeya nacional que los coronó de laureles inmarcesibles en los campos de batalla e hizo patente a la faz del mundo el heroísmo de sus hijos.

Ya estaba embarcado Walker con los 300 hombres que debía conducir a Nicaragua, cuando el buque fué embargado por los acreedores de su dueño, y con este motivo los expedicionarios no pudieron salir de la bahía de San Francisco.

El retardo perjudicó al jefe aventurero.

Casi todos sus compañeros desertaron de la empresa, quedándole tan sólo 58 hombres, con los cuales se reembarcó a bordo del bergantín "Vesta", y el 13 de junio de 1855 se presentó en Realejo, puerto de Nicaragua en el Pacífico, al cabo de mes y medio de penosa navegación.



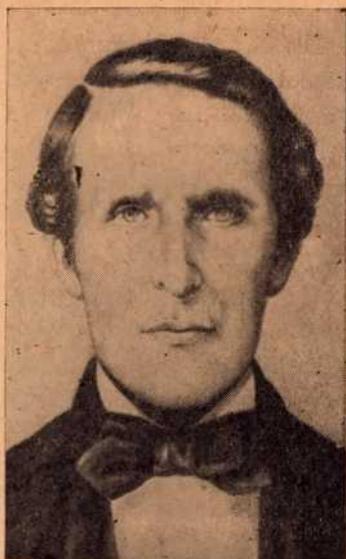
Un aspecto del Mesón de Guerra, propiedad de don Francisco Guerra, incendiado en parte, el 11 de abril de 1856.

COSTA RICA ROMPE CON EL GOBIERNO DE CORRAL  
Y EL PRESIDENTE MORA LLAMA A LAS ARMAS

2º—La recepción que se les hizo a Walker y los suyos fué espléndida. Castellón creía que habían llegado sus salvadores y les manifestó su placer del modo más expresivo.

Walker recibió el nombramiento de coronel del ejército democrático y otros grados de consideración los principales entre sus compañeros. Todos formaron un cuerpo de tropa que se denominó la "falange" (\*)

Desde aquel momento comenzó Walker a servir a los demócratas contra los legitimistas y a gravitar sobre los destinos de Nicaragua. Su voluntad se impuso en breve a los mismos que le habían llamado, y fué el genio del mal para aquel infortunado país.



General José Joaquín Mora

A Castellón sucedió el señor Nazario Escoto como director supremo de los demócratas y la lucha prosiguió con mayor encarnizamiento cada día.

Walker tomó a Granada y mandó fusilar al Ministro legitimista Mayorga.

Don Ponciano del Corral, general de las tropas legitimistas, celebró con Walker, en Granada, lo que se llamó el CONVENIO DEL 23 DE OCTUBRE, por el cual se suspendían las hostilidades entre las fuerzas beligerantes, y se nombraba a don Patricio Rivas Presidente provisional de Nicaragua, por el término de 14 meses, a menos que antes de ese plazo no se procediera a elecciones para Presidente Constitucional.

Como consecuencia de ese pacto, Corral entró a servir a las órdenes de Rivas como ministro de guerra y Walker fué nombrado general en jefe de los ejércitos de Nicaragua.

Pero Corral conspiró contra Walker, entonces omnipotente. Este lo sabe todo, reúne un consejo de guerra compuesto de filibusteros para juzgar al ministro que es condenado a muerte y ejecutado en la plaza de Granada a las 2 de la tarde del 8 de noviembre de 1855, por mano de los mismos filibusteros.

Nota: La falange la integraron norteamericanos, cubanos y europeos.

Los jueces de Corral fueron Hornsby, C. T. Gittman, E. J. Sanders, Jorge R. Savideon, S. C. Astin, C. J. Lurnsbull y Jorge R. Caston. El padre Vigil, las hijas del general Corral y muchas señoras de Granada imploraron la clemencia de Walker para que la sentencia no se ejecutara; pero el filibustero fué inexorable porque necesitaba derramar sangre centroamericana, cebarse en los primeros hijos de la patria. Así, pues, Corral murió porque no hubo misericordia en el pecho de bronce del implacable enemigo.

La muerte de don Ponciano Corral tuvo en Costa Rica una resonancia lúgubre. Aquí se seguía paso a paso la marcha de la situación política de Nicaragua, que inspiraba profundo dolor en el pecho de todos los costarricenses. Faltaba que el gobierno los llamara a combatir las huestes filibusteras, para levantarse como un solo hombre e ir a verter su sangre por sus hermanos en los campos de batalla, que son los de la gloria cuando se lucha por una causa santa, por un ideal noble y generoso.

El Presidente de Costa Rica don Juan Rafael Mora, recibía constantemente informes detallados del ministro residente en Washington (Molina), acerca de las verdaderas intenciones de Walker en Centro América. Según parece, éste se hallaba en connivencia con los esclavistas del Sur para sojuzgar a Centro América, y organizar en ella uno o varios Estados que formarían parte de la Unión Americana, y que al propio tiempo aumentarían con sus votos la fuerza, algo quebrantada ya, de los primeros, en el Congreso Federal del Capitolio. La esclavitud sería aquí como en los Estados Unidos una institución legal; y era necesario emplear todos los medios posibles para alejar la tempestad que empezaba a formarse en los Estados del Norte, formidable y amenazadora para los esclavistas, y que al fin estalló con el nombre de "GUERRA DE SECESION" para traer como consecuencia la libertad de cuatro millones de negros.

El señor Mora publicó el 20 de noviembre de 1855 una proclama en la cual atacaba con dureza a Walker y los suyos, y daba la voz de alerta a los costarricenses, previniéndoles que no abandonaran las faenas agrícolas, pero que preparasen las armas.

El texto completo dice:

"Costarricenses: La paz, esa paz venturosa que unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada.

Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Norteamericana, no encontrando ya donde hoy están con qué saciar su voracidad, proyectan invadir a

Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia.

Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar fríamente tan bárbara invasión pueden resultaros?

No; vosotros los comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

Alerta, pues, costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, pero preparad vuestras armas.

Yo velo por vosotros, bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reuniréis en torno mío, bajo nuestro libre pabellón nacional.

Aquí no encontrarán jamás los invasores partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intente seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos, verdaderos hermanos, resueltos irrevocablemente a defender la patria como a la santa madre de todo cuanto aman, y a exterminar hasta el último de sus enemigos.

JUAN R. MORA

San José, noviembre 20 de 1855.



Sitio donde colocó Henningsen el rótulo: "AQUI FUE GRANADA" (Here was Granada), después de incendiarla en noviembre de 1856.

## SE DECLARA LA GUERRA AL FILIBUSTERO

3º—Las relaciones oficiales fueron suspendidas con el gobierno de don Patricio Rivas. Con tal motivo Walker hizo que Rivas enviara a Costa Rica un comisionado, el coronel filibustero Luis Schlessinger, con el encargo aparente de pedir explicaciones al gabinete josefino por su conducta hostil; pero en realidad para examinar el país y disponer lo necesario para una invasión.

Schlessinger, Sutter y el coronel legitimista Manuel Argüello, llegaron a Puntarenas para seguir al interior; pero allí recibieron la orden de reembarcarse, inmediatamente, los dos primeros; el tercero continuó su marcha

para San José, y cuando llegó aquí se puso a las órdenes del gobierno y sirvió después contra los filibusteros.

El Presidente de Costa Rica había resuelto hacer la guerra a los invasores de Nicaragua, y por este motivo emitió un acuerdo el 25 de febrero de 1856, convocando extraordinariamente al Congreso para que deliberase acerca de la situación.

Reunido el Congreso, autorizó omnímodamente al Poder Ejecutivo: 1º: Para que por sí o en unión de las fuerzas aliadas de los demás gobiernos centroamericanos, llevara sus armas a la República de Nicaragua, para defender a sus habitantes de la ominosa opresión de los filibusteros y arrojar a éstos del suelo de toda la América Central; 2º: Para que dictáse todas las providencias que estuviesen a su alcance con el objeto indicado.

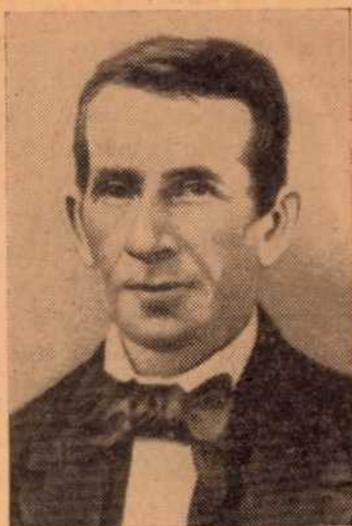
“Mora ordenó, por un decreto, que el ejército nacional se elevara a nueve mil hombres de todas armas.

“El mandó que se levantara un empréstito de cien mil pesos, distribuido entre los capitalistas hijos del país.” (Dr. Montúfar).

El primero de marzo lanzó el Presidente Mora la siguiente proclama:

“Compatriotas:

A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido a la más oprobiosa esclavitud; marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.



General José María Cañas

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas.. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra; no por adquirir efímeros poderes; no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No. Vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inicua tiranía; vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración; vamos a decirles: "Hermanos de Nicaragua, levantaos!, aniquilad a vuestros opresores. ¡Aquí venimos a pelear a vuestro lado, por vuestra libertad, por vuestra patria! ¡Unión nicaragüenses, unión! Inmolad para siempre vuestros enconos. ¡No más partidos, no más discordias fratricidas! ¡Paz, Justicia y Libertad para todos! ¡Guerra sólo a los filibusteros!

A la lid, pues, costarricenses. Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo, que me regocijo al ver vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanas e hijos os animan. Sus patrióticas virtudes os harán invencibles. Al pelear por la salvación de vuestros hermanos, combatiremos también por ellos, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada y por la INDEPENDENCIA HISPANO-AMERICANA.

Todos los leales hijos de Guatemala, El Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa: el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la familia centroamericana.

**Juan R. Mora**

San José, marzo 1º de 1856".

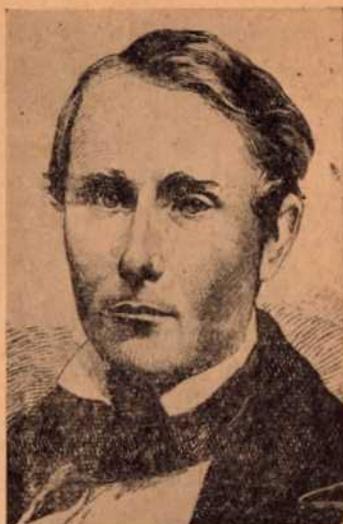
El mismo día la colonia alemana residente en el país ofreció al gobierno sus servicios, recibiendo por ello las más expresivas gracias del señor Mora. (Más tarde editaba un periódico en su idioma para informar al mundo sobre los sucesos que se desarrollaban en Centro América, en esa lucha por la libertad).

La guerra al filibustero estaba declarada. Dentro de poco los hijos de Costa Rica, pacíficos y humildes en sus hogares, darían ejemplo en los campos de batalla de Santa Rosa y Rivas, de un valor heroico y de una constancia sin igual, que habian de inmortalizar sus nombres en la memoria de todas las generaciones.

4º—El ejército que se reunió en la plaza de San José de Costa Rica el tres de marzo, dispuesto a marchar contra los invasores del territorio centroamericano, lleno de entusiasmo salió de esta capital en diversas columnas con dirección a Nicaragua.

La columna que mandaba el general don José Joaquín Mora, compuesta de 2.500 hombres, fué designada para ir a la vanguardia, y partió de San José en la mañana del día cuatro.

Estas tropas, para llegar al departamento de Guanacaste (hoy provincia), debía atravesar el golfo de Nicoya, embarcándose en Puntarenas; pero como en ese lugar no había botes suficientes para conducir las juntas, fué preciso fraccionarlas. (Dr. Montúfar).



General William Walker

Vencidas todas las dificultades para el transporte, el ejército se encontró reunido a mediados de marzo en la ciudad de Liberia, de donde salió el 20 con dirección a la frontera.

Walker se había apresurado a enviar tropas al encuentro de los costarricenses, para batirlos en su propio país. Dispuso que el coronel Schlessinger saliera de Nicaragua con 280 hombres, divididos en cuatro compañías, al mando de los capitanes Thorpe, Creighton, Pranje y Legeay, y además iba con ellos el capitán Rudler. Una de las compañías formábanla exclusivamente alemanes y otra franceses.

Los filibusteros llegaron en la tarde del 19 de marzo a la hacienda llamada Santa Rosa, y allí se preparaban para continuar la marcha hacia Liberia, o para resistir a los costarricenses en caso necesario.

Como a las tres de la tarde del citado día 20 de marzo, el ejército que comandaba don José Joaquín Mora, después de una jornada de catorce leguas desde Liberia, bajo el sol abrasador de aquella región, llegó sediento y estropeado a una altura, desde la cual divisó el lugar en que los filibusteros se hallaban atrincherados.

Dadas las disposiciones del combate por el jefe costarricense, los oficiales y soldados, enardecidos, se lanzaron con bravura a la pelea contra los odiados enemigos de la patria y de la libertad, y al cabo

de catorce minutos de ataque furioso a la bayoneta, sólo quedaba un campo sembrado de cadáveres y de heridos, y los filibusteros dispersos y fugitivos en todas direcciones.

He aquí los detalles de la acción de Santa Rosa, según el parte dado por el general Mora al Presidente de la República, que se hallaba entonces en Liberia con el Estado Mayor:

“Excmo. señor Presidente General en Jefe del Ejército.— Cuartel de la División Vanguardia. — Hacienda del Pelón. — 24 de marzo de 1856.

Tengo el placer de dirigir a V. E. parte detallado de la toma de Santa Rosa.

El jueves 20 del corriente, con noticia de haber visto a los filibusteros en el llano del Coyol, me puse en marcha con la columna que saqué de Liberia.

Mucho nos costó conducir los dos cañones de a tres, por lo quebrado e impracticable del camino. (\*)

Tomamos un filibustero que procuró engañarnos guiándonos al enemigo por un lado enteramente opuesto a quel en que se hallaba; pero desconfiando de él, quise antes de seguirle, registrar el llano del Coyol. Seguimos la marcha y a poco trecho descubrimos las huellas de botas en un camino que conduce a la hacienda de Santa Rosa. Mandé a un ayudante adelantarse para observar las casas de dicha hacienda, y retornó con la razón de estar allí el enemigo.

Seguimos un callejón, orillado de árboles, a cuyos lados se extendían lomas de poca altura cubiertas de espesa breña.

Al salir del callejón vimos tendida a nuestros pies la plazuela de dicha hacienda formada de un valle hondo y limpio, de poca elevación y escarpado.

Los corrales de la hacienda, con cercas de piedra, empiezan como a la mitad de la falda de una de las colinas situada al frente del callejón, hacia su izquierda, y rodean las casas que ocupan la altura, pero que están dominadas por la cumbre de la colina, a corta distancia y cubiertas de breñas.

Tienen las casas un gran patio también cercado: a la derecha y en la falda de la colina hay una quesera. A continuación de la altura, ligándola con la inmediata, corre una límpida loma al frente del camino que seguimos. La línea que debía correr mi gente para llegar a las casas es precisamente de una milla.

En vista de la posición, dí mis órdenes para el ataque, concebido ya antes sobre el exacto plano que el mayor Clodomiro Escalante me había presentado para el caso de tener que batir allí al enemigo.

Nota: Todavía hoy, a 99 años vista, se aprecian las dificultades para una movilización rápida.

El coronel Lorenzo Salazar, con 280 hombres, debía atacar el frente, la izquierda y el flanco derecho de la casa; ceguiánle por ese lado (el más practicable), los dos cañoncitos, dirigidos por el capitán Mateo Marín.

El capitán José María Gutiérrez, con 200 hombres, debía flanquear la izquierda por fuera de las cercas, y tomar posesión a la espalda de las casas sobre la cumbre de la colina.

El escuadrón de caballería quedó formado en el callejón hasta recibir la orden de cargar al enemigo cuando se le desalojara de sus posiciones.

La tropa de Moracia (nombre de Guanacaste en honor de don Juan Rafael Mora) en número de 200 hombres, la formé en batalla en el callejón para cubrir la retirada en caso necesario.

Listo todo, mandé desembocar por el callejón a la trópa formada por columnas. Nuestros soldados al son de las cornetas, que tocaban a degüello, marcharon a la carrera acudiendo cada cual a su puesto.

Los filibusteros no hicieron ni un tiro. Nos aguardaban de cerca, con la esperanza de que su primera descarga nos derrotaría. Tampoco los nuestros dispararon hasta hallarse a veinte varas del enemigo. Rompieron entonces un fuego sostenido que duró tanto como tardaron los costarricenses para llegar a las cercas. Desde este instante, sólo los piratas dispararon. Los nuestros saltaban a los corrales sin que el mortífero fuego que sufrían bastara a detenerlos.



Toma del Cuartel y la plaza de Granada.

5º—Allí murió el valiente oficial Manuel Rojas. Una vez dentro no hubo esperanza para los malhechores: el sable y la bayoneta los hacían trizas y ellos aterrados ni atinaban a ofender con sus tiros.

Así fueron rechazados hasta las casas, donde se encerraron, al tiempo que la gente del capitán Gutiérrez, posesionado ya de la altura, los cercaba. En estos momentos pereció el capitán Manuel Quirós, herido al saltar la cerca del patio. Sus últimas palabras fueron dirigidas a sus compañeros de armas: "Entren ustedes", les dijo y expiró. Señalóse también en el asalto del patio el ayudante del coronel Salazar, Joaquín Ortiz, quien con su espada mató dos bandidos, teniendo la suerte de quedar ileso.

Di la orden de atacar a la caballería, pareciéndome que no tardaría tanto en llegar, sino el tiempo necesario para desalojar de su guarida a los filibusteros. Pero viendo al llegar que no era tiempo aún, marchó a formarse en la loma del frente, aguardando el momento oportuno.

Todo esto pasó en cinco minutos. Ya empezaba a obrar la artillería: el capitán Marín disparó sus cañones contra el costado derecho y frente de la casa, abriendo brecha; pero esto sólo sirvió para enfurecer más a los foragidos que avivaron el fuego.

Impaciente el coronel Salazar, corrió exponiéndose a servir de blanco al enemigo, para preguntarme si por librar de ser diezmada su gente podría poner fuego a la casa de un propietario costarricense. Inquieto al verle venir, temiendo que estuviese herido, me adelanté a su encuentro, y le dí el permiso que pidió; retornó a dar la orden a sus soldados, que la recibieron con gritos de alegría. Mas no hubo tiempo. El arrojado capitán Gutiérrez, olvidando la orden que tenía, entró a la casa, y adelantándose hacia un establo atrincherado y erizado de rifles, con pistola y sable en mano, murió desgraciada y prematuramente. La ira que su muerte causó a los soldados fué tal, que nada bastó a contenerlos. La casa fué invadida por todos lados, y los filibusteros, hallando salida por la altura que debió cubrir el malogrado Gutiérrez, huyeron en tropel, y aunque perseguidos y diezmados por todas partes, lograron muchos escaparse. Entonces mandé a



Escudo que usó Walker como Presidente de Nicaragua.

la tropa de Moracia se dispersase en guerrillas por la colina, a la izquierda del callejón, para tomar a los fugitivos que huyeron por allí.

Desde el principio de la acción, al ver a nuestra tropa apoderarse de los corrales, varios jefes filibusteros montaron a caballo y huyeron sin poderles alcanzar ni dañarles.

Al dispersarse el enemigo, la caballería de Moracia anduvo tarda en perseguirle, a pesar de mis órdenes y de los esfuerzos del coronel Salazar. Sólo el capitán Estrada, seguido de unos pocos lanceros le cargó, matándole un solo hombre, pues favorecido por la inacción de la caballería y lo cercano de la espesura del monte, se aprovechó de tan favorables incidentes.

Considerando las dificultades que el lugar de la acción presentaba, he hallado alguna disculpa al comandante del escuadrón.

A LOS CATORCE MINUTOS, contados desde la primera descarga, se hallaba mi tropa formada en el mejor orden y en tranquila posesión de Santa Rosa.

Señaláronse en este memorable día, además de los buenos oficiales que perdimos, el ya citado Joaquín Ortiz, el mayor Clodomiro Escalante, los capitanes Carlos y Miguel Alvarado (habiendo recibido este último tres heridas de rifle que le rompieron la ropa rozándole el cuerpo), Vicente Velarde, Mateo Marín, Santiago Millet, Joaquín Fernández, Felipe Ibarra y Jesús Alvarado, el ayudante Macedonio Esquivel, en general toda mi lucida oficialidad.

Hubo entre los soldados notables rasgos de valor, pero tan comunes a casi todos, que sería imposible enumerarlos.

He tomado al enemigo 18 rifles, 1 fusil, 4 cajas de parque (que según declaración de los prisioneros es cuanto tenían, las pistolas, paradas, piezas de equipaje, etc., que cedí a los jefes y oficiales que las tomaron: varios caballos, mulas, todos sus papeles y un grupo daguerrotipado con los retratos de varios jefes de la gavilla de bergantes. (Pícaros).

Todo cuanto tenían, en fin, ha caído en poder de mi gente.

Los muertos del enemigo, que pude reunir, llegaron a 26 y muchos deben de haber acabado en lo espeso del monte. Prisioneros hasta hoy, 19. El resto, hasta 400 hombres, que según los prisioneros entraron en acción, se entregará o morirá de sed y hambre en los montes. Los persigo por todas partes, y el mayor Domingo Murillo, apostado en Sapoá con respetable fuerza, les cortará el solo camino para ellos practicable.

No puede darse una victoria más completa, gracias al valor de mis soldados.

Nuestras pérdidas según las listas, ascienden a 4 oficiales y 15 soldados muertos.

Dios guarde a V. E. muchos años. (f) José Joaquín Mora.

## WALKER RECONOCE LA DERROTA DE SANTA ROSA

6º—Como talvez podrían juzgarse exagerado el relato que antecede, como proveniente del jefe de las tropas costarricenses, copiamos las palabras del "NICARAGUENSE", periódico fundado por Walker para defender su causa y hacer propaganda en favor de sus intenciones.

"DERROTA DE SANTA ROSA.  
Granada, abril 14 de 1856.

El 20 de marzo de 1856, 280 americanos u otros que han adoptado la nacionalidad de los Estados Unidos, al mando del coronel Luis Schlessinger del ejército de Nicaragua, se encontraron en la hacienda de Santa Rosa, á 18 millas de Guanacaste, en esa República, con un cuerpo del ejército de Costa Rica, compuesto de 600 a 1000 hombres, y en el espacio de quince minutos sufrieron una terrible derrota.



Don Francisco María Oreamuno  
Vicepresidente de la República  
en 1856

No se encuentra un hecho semejante en la historia de los ejércitos americanos, a no ser en el saqueo de Washington. Todas las ventajas de tiempo y de lugar estaban a nuestra favor; el prestigio del valor americano estaba en riesgo de un golpe; todo contribuía a ganar la batalla; pero ninguna de estas ventajas ni todas ellas juntas, nos libraron de una cruel y vergonzosa derrota. Todos los soldados, así los que estuvieron en el combate, como los que no estuvieron, están de acuerdo con nosotros...."

Walker por su parte decía: "En cinco minutos toda la fuerza precedida por su coronel se puso en la más confusa retirada. El mayor O' Neal, con otros oficiales, en vano hicieron esfuerzos para lograr que los hombres volviesen e hicieran frente al enemigo. El pánico era tal que encontraron pocos que quisieran escucharlos y seguirlos".

La causa de la victoria de Santa Rosa tiene una explicación por demás sencilla. Un pueblo que defiende su libertad y que está dispuesto a morir por ella, hace de cada soldado un héroe que ejecuta prodigios y que todo lo vence.

"Un soldado del 56 decía al que esto escribe: "Los filibusteros creían que su sola presencia nos llenaría de terror, y que con dar taconazos en el suelo saldríamos huyendo como monos. Pronto salieron

de su error cuando vieron que sus balas no hacían trepidar nuestras filas, y que esos monos los alzaban en las bayonetas como si no pesaran nada. Ese soldado se llamó Narciso Umaña. Un modesto zapatero."

Apenas se supo en Liberia la noticia del triunfo de Santa Rosa, el Presidente de la República expidió la siguiente proclama:

El General en Jefe del Ejército Costarricense a la División Vanguardia. Soldados:

Habéis cumplido vuestro deber siendo los primeros en derrotar a los verdugos de vuestros hermanos, a los alevosos enemigos de la independencia centroamericana, que se han atrevido a profanar el caro suelo de la patria, robando y asesinando. Eso esperaba de vosotros.

Adelante! Otro esfuerzo más: un solo tiro y a la bayoneta! Y veréis cómo huyen, y éstos son sus mejores asesinos. El triunfo es y será siempre vuestro.

Paz y gloria a los bravos que han perecido!

Salud y lauros a todos los valientes vencedores!

(f.) Juan R. Mora

Cuartel general en marcha. Liberia, marzo 21 de 1856.

LISTA DE LOS MUERTOS DE SANTA ROSA. Capitán: José María Gutiérrez, San José; Cap. Manuel Quirós, San José; Teniente Manuel Rojas, San Miguel; Subteniente Justo Castro A., San José; Sargento 2º Agustín Castro, San José; Sargento 2º Braulio Pérez, Pacaca; Cabo 1º Santos Alvarez, Mojón; Soldados: José Zeledón, Sotero Mora, Francisco Carbonero P., y Pedro Sequeira, del Mojón; José Zúñiga, Ramón Marín y Juan García, de San Juan; Carmen Prado, San Francisco; Agapito Marín, San Vicente; José María Mora, Escazú, Carlos Mora, San Miguel.

LOS HERIDOS FUERON: José Marín, Tiburcio Zeledón, Gregorio Muñoz, Rafael Berrocal, Raimundo Sáenz, Félix Zúñiga, Manuel Salazar, Pío Araya, José María Porras, Juan Azofeifa, Francisco Noguera y Toribio Artavia, de San José.

Timoteo Mora, Francisco Arboleda, José Ana Granados y Pablo Camacho, de Alajuelita.

Custodio Berrocal, Hermenegildo Quesada, Casimiro Fonseca, del Mojón.

Ponciano Quesada, Bernardino Chavarría, Nicolás Segura, Domingo Quirós, Juan Rojas y Faustino Segura, de San Juan.

Pilar Miranda, Patricio Macatelo y Santiago Espinosa, de Liberia. Pablo Cantillo, de Bagaces; y Joaquín Jiménez de Escazú.

7º—El 29 de marzo se hallaba en Sapoá el Presidente de la República y desde allí dirigió a los nicaragüenses la siguiente proclama:

Juan Rafael Mora,  
 Presidente de la República  
 de Costa Rica,  
 General en Jefe  
 del Ejército Expedicionario.

A LOS PUEBLOS  
 DE NICARAGUA:

Nicaragüenses



Residencia de don Julio Abarca construida en el sitio donde Santamaría prendió fuego al Mesón, en Rivas, Nic.

Desde el seno de nuestras pacíficas montañas he oído vuestros congojosos lamentos.

Mutuos errores y una guerra fratricida os han entregado al fiero albedrío de una horda de foragidos que llamados incautamente como amigos auxiliares de unos, se han convertido en déspotas de todos.

Hoy yacéis aún aterrorizados bajo el yugo acerado de un ejército compuesto de las heces corrompidas que arrojan de sí todas las sociedades. Qué sois vosotros en vuestro propio país? Qué es el esclavizado nicaragüense que llaman por befa Presidente? Cuál es vuestra suerte hoy y la más fatal que con tan cruentos amos os espera? Vosotros !o sabéis más que yo; vosotros que la sufrís y deploráis con lágrimas de sangre!

Habéis llamado a vuestros hermanos. Vuestros hermanos todos rodean vuestras fronteras y avanzan para libertaros de esa falange traidora. Combatimos por vuestra salvación. Después del triunfo, paz, unión, justicia y libertad para vosotros y para todos.

Harto conocéis a los pacíficos costarricense. También los han conocido en Santa Rosa los cobardes filibusteros. Siempre neutrales en vuestras discordias, hemos acogido con igual hospitalidad a todos los nicaragüenses. Para nosotros no existen ni existirán jamás, distinciones ni partidos. Sea lo mismo para vosotros. Que una sola bandera, una sola causa y un grito de concordia y de progreso nos reúna a todos como católicos, como hijos de una misma patria, como verdaderos hermanos!

Cese ya tanta prostración, tanta iniquidad y servidumbre. ¿Toleraréis por un instante más tanta esclavitud, oprobio y tiranía? ¿No lidiaréis todos unidos, siempre unidos, por conquistar la libertad que os han robado? Sí, valerosos nicaragüenses. Uníos, alzaos y combatid con aquel ardiente coraje que habéis mostrado en tantas nefandas lu-

chas. Arrojemus unidos a esa pestífera canalla: no quede uno solo de esos asesinos sobre la tierra privilegiada, que os concedió la Providencia; y de entre esos montones de cadáveres y ruinas que han acumulado tantos desvaríos y maldades, levantemos juntos una patria más unida, más fuerte, más venturosa y más grande.

Paz y libertad a Nicaragua y Costa Rica, independientes y unidas como hermanas! Gloria a las fuerzas aliadas libertadoras de la América Central!

Juan R. Mora

Sapoá, 29 de marzo de 1856. (\*)

Dos días antes había lanzado una proclama el señor Mora en Liberia, la cual hizo publicar en español, francés, inglés y alemán, y en ella decía que todos los filibusteros de cualquier nacionalidad, que fuesen aprehendidos con las armas en la mano, sufrirían inmediatamente el rigor de la ley siendo fusilados; y que serían perdonados aquellos que se presentaran ante los jefes del ejército costarricense.

Pasada la frontera de Nicaragua, las tropas de Costa Rica tomaron la dirección de Rivas, en donde estaban los filibusteros; pero antes de llegar a aquella ciudad pareció conveniente y necesario tomar a San Juan del Sur y La Virgen, puertos situados respectivamente sobre el Pacífico y sobre el lago de Nicaragua.

Al primero fué don Salvador Mora con 300 hombres y ocupó la plaza sin resistencia porque sus defensores huyeron; y al segundo se dirigieron Juan Alfaro Ruiz y Daniel Escalante, también con 300 hombres. La Virgen hubo de ser tomada a viva fuerza porque la guarnición que la defendía sí se opuso a las fuerzas costarricenses. En esta acción fué herido de gravedad Félix Jiménez, de Alajuela, a quien se le amputó una pierna, de lo cual murió.

El grueso del ejército llegó a Rivas en la mañana del ocho de abril, después de haber evacuado la plaza Byron Cole, y se alojó en los cuarteles que los rivenses tenían preparados al efecto.

Allí debía librarse la gloriosa batalla del 11 de abril de 1856, cuyo recuerdo despierta siempre en los costarricenses el mayor entusiasmo y temple las almas en el fuego del patriotismo.

Ese día memorable hizo creer Walker que atacaría al ejército costarricense por el lado de Potosí, pueblecito situado cerca de Rivas para atraerlo hacia aquel lado, como sucedió en efecto. El mayor don Clodomiro Escalante salió de Rivas con 400 hombres para ir al encuentro de los filibusteros, y como a los quince minutos éstos penetraron a la ciudad por tres puntos distintos a la vez, cuando menos podían esperarlo los costarricenses.

Nota: Estas proclamas y varios partes de guerra, se publicaron en el "Boletín del Ejército" editado en Liberia por el Cuartel General en Marcha.

89—Una de las columnas enemigas, dirigida por un cubano de apellido Machado, llegó a cien varas de distancia del cuartel del Estado Mayor y éste habría caído en poder de los enemigos si un acto de heroísmo de dos oficiales no le hubiera salvado: esos oficiales eran José María Rojas y Francisco Castro Rodríguez, quienes hicieron lo siguiente:

Machado y los suyos se habían apoderado ya de un cañón que los costarricenses tenían avanzado hacia la plaza con cuatro artilleros solamente, cuando Rojas y Castro, que estaban en una casa particular, se dirigieron a la calle en que oyeron los primeros disparos y vieron aproximarse a los filibusteros. Entonces Rojas gritó: "Viva Costa Rica!", quitó a un soldado el fusil y disparó tan certeramente, que Machado cayó del caballo que montaba, herido mortalmente; Castro mató el caballo casi al mismo tiempo.



El héroe del 11 de Abril de 1856

Este hecho hizo vacilar unos instantes a los soldados de Machado y dió tiempo al coronel don Lorenzo Salazar para salir del cuartel. "Con un puñado de gente que tenía, rechazó al enemigo, dando lugar a que la columna que había salido de la ciudad entrara de nuevo y fuera ocupando puestos ventajosos, hasta llegar casi a cambiar al defensa en ataque, obligando a los enemigos a ampararse a las casas".

Walker era dueño de toda la ciudad, con excepción de la parte Noreste, y se había fortificado desde el principio en todos los edificios que rodeaban la plaza, principalmente en la Iglesia, la casa del cabildo y el mesón de Guerra. (Propiedad de don Francisco Guerra.) Cuantas veces pretendieron los costarricenses desalojarlos de sus posiciones, otras tantas fueron rechazados con pérdidas considerables, porque avanzaban a pecho descubierto contra los que impuramente podían acribillarlos desde sus parapetos.

La lucha había empezado entre siete y ocho de la mañana; a medio día no había habido otro resultado que la gran mortandad hecha en las filas costarricenses por los enemigos, pues no había sido posible desalojar a éstos de ninguna de sus posiciones. Como el mesón de Guerra era el principal baluarte de los filibusteros, de donde

más grave daño hacían a los nuestros, se dispuso incendiarlo para expulsar de él a los que lo ocupaban. La empresa era más que arriesgada; acometerla era recibir la muerte; más no era por cierto el soldado costarricense capaz de vacilar un punto para ofrendar su vida en aras de la patria. Un simple tambor, Juan Santamaría llamado con el apodo de EL ERIZO e hijo de Alajuela, se ofreció al sacrificio yendo a incendiar la tremenda casa de donde salía sin cesar la muerte para los soldados de Costa Rica. Santamaría toma una tea, llega al mesón, la aplica a una parte combustible, y pocos momentos después subían en torbellino las llamas. Asombro debió causar a los filibusteros la heroicidad del incendiario sublime, pero varios proyectiles le dejaron sin vida, no sin que los enemigos tuvieran en seguida que abandonar el mesón, como se había querido.

Como a las cuatro de la tarde llegaron los comandantes Juan Alfaro Ruiz y Daniel Escalante con la gente de La Virgen y estrecharon más al enemigo en sus posiciones hasta el punto de tomarle una de las casas que ocupaban frente a la plaza. A media noche llegó también el coronel Salvador Mora con la gente de San Juan del Sur. Los filibusteros estaban todos encerrados en la iglesia, con su jefe Walker, y sólo se esperaba el clarear del nuevo día para proseguir la lucha y obligarlos a rendirse.

Cuando amaneció, ya los filibusteros habían huido, aprovechando las tinieblas para evitar la persecución. Quedaban en la iglesia algunos heridos, los cuales fueron rematados a bayonetazos por los nuestros (vergüenza causa decirlo), que ansiaban vengar la carnicería hecha en todo el día anterior por las miserables hordas filibusteras.

Percieron aquel día el general don José Manuel Quirós, (1), el mayor Francisco Corral; los capitanes Carlos Alvarado, Vicente Valverde y Miguel Granados; los tenientes Florencio Quirós, Pedro Dengo y Juan Ureña; los subtenientes Pablo Valverde y Ramón Portuquez y el sargento graduado de subteniente, Jerónimo Jiménez.

El General Quirós había ido durante el combate, —se explica en nota aparte—, a desempeñar una comisión; cuando volvía al cuartel del Estado Mayor atravesaba un lugar peligroso porque estaba expuesto a los tiros del enemigo. Aunque pudo muy bien haber evitado la muerte, se dejó llevar de su temerario valor y de su amor propio, de lo cual resultó que un balazo disparado por un filibustero le penetrara en la cabeza, dejándole exánime.

Se le gritó, se supo después, que esquivara el cuerpo, pero él respondió: Los generales no se agachan.

9º—No puede precisarse el número de muertos y heridos que hubo por ambas partes, porque aunque el Presidente Mora decía que los costarricenses habían perdido 110 hombres y los filibusteros 200, es de suponer que la primera cifra fué mucho mayor, y que en el parte oficial a este respecto se procuraba disminuir la impresión que necesariamente había de causar en Costa Rica la noticia de una mortandad considerable.

Falta hacer una digresión para concluir este capítulo.

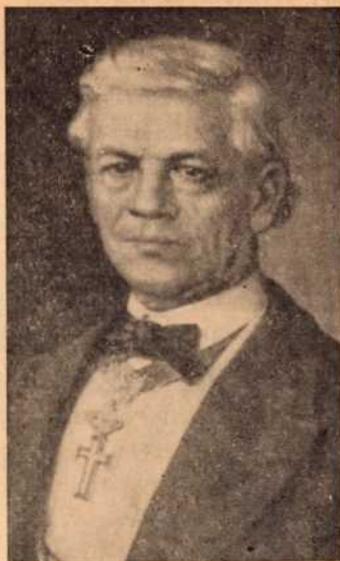
El General don José Manuel Quirós servía a la administración de don Juan Rafael Mora en el puesto de comandante de armas del Estado. Por varias causas fué después opositor de aquélla y a consecuencia de un movimiento revolucionario que intentó llevar a cabo, fué desterrado del país.

Cuando Costa Rica tomó las armas contra el filibustero, el General Quirós depuso todos sus resentimientos personales y se colocó al lado del gobierno para combatir a los enemigos de la patria centroamericana. Su arrojo temerario y su noble corazón le condujeron a la muerte; pero su memoria perdurará en la mente de los costarricenses como la de un dignísimo ciudadano que supo dar ejemplo de heroísmo y de grandes virtudes cívicas.

Su muerte fué gloriosa; y la historia le reserva una de las páginas de oro en que su nombre resplandecerá siempre con brillo inmarcesible entre los no menos gloriosos de todos los mártires de la Campaña Nacional, que con el patriótico sacrificio de sus vidas supieron conservar ilesos el honor de la patria y la independencia de Centro América.

Agrega Montero Barrantes en su texto de 1892:

A Juan Santamaría, el sublime incendiario del mesón de Guerra, le ha hecho Costa Rica la justicia que merecía. El 15 de setiembre de 1891, aniversario de la Independencia de la patria común, se inauguró en Alajuela, cuna del héroe, una estatua pedestre, de bronce, que le representa en el acto de consumir su sacrificio. Día inolvidable! Todos los ciudadanos celebraron a porfía la fiesta más grande que



Don Joaquín Bernardo Calvo  
Ministro de Relaciones Exteriores

registran nuestros anales para hacer la apoteosis de Juan Santamaría. Los espíritus se retemplaron al fuego del patriotismo y el tributo de la posteridad se elevó al rango de suceso inolvidable, etc.

N. de R.:—El 15 de setiembre de 1895, conmemorando también el Día de la Patria, se inauguró en San José el Monumento Nacional, erigido a la memoria de todos los héroes de 1856-57. Los últimos sobrevivientes de aquella jornada gloriosa recibieron condecoraciones. Participaron delegados de los otros países centroamericanos. Entonces se cantaron las glorias de Santa Rosa, Rivas y San Juan. Los cañones retumbaron, llevando por todos los ámbitos, su canto de fuego, en homenaje a los valientes soldados de la Patria, que por ella, —por su libertad y la de toda Centro América—, se sacrificaron.

A William Walker le convenía mantener expedita la vía del Tránsito o sea el río San Juan (Desaguadero), por ser éste el lugar por donde recibía constantemente refuerzos de filibusteros procedentes de los Estados Unidos, que venían a engrosar sus filas.

Interceptar esa vía era aislar al jefe del filibusterismo y reducirlo a las solas fuerzas con que contaba, y así aumentarían las probabilidades de triunfo por parte de los costarricenses.

Comprendiéndolo de este modo el Presidente de Costa Rica dispuso que saliera de Alajuela una columna de 250 hombres, mandada por el General don Florentino Alfaro, con dirección al río Sarapiquí. En la confluencia de éste con el San Juan se hallaba el teniente John M. Baldwin con tropas walkeristas para guardar la expresada vía.

Aunque el río Sarapiquí es navegable en gran parte, Alfaro no tenía embarcaciones para transportar sus tropas al San Juan. Esto le obligó a emprender la apertura de una vereda entre la selva virgen y secular para llegar al punto señalado.

Mientras se ejecutaba aquel trabajo, Baldwin tuvo conocimiento de él y se apresuró a impedirlo, cayendo sobre los costarricenses.

El diez de abril se hallaban éstos en el punto llamado el Sardinal, estero de Sarapiquí, cuando se vieron atacados repentinamente por el enemigo que había remontado el río en pequeñas embarcaciones.

La lucha se empeñó haciendo uso tan sólo de las armas de fuego por encontrarse los combatientes separados por el estero mencionado, sin poder nuestros soldados hacer uso del arma blanca como lo preferían y lo hubieran deseado.

El General Alfaro recibió una herida grave desde los primeros tiros, pero los nuestros no cesaron en la lucha que continuó hasta que los filibusteros emprendieron la fuga, perdiendo cuatro soldados y otros compañeros que se ahogaron.

10º—De la tropa costarricense sólo murió el cabo segundo Salvador Alvarado, y fueron heridos el General Alfaro, el sargento primero Manuel Araya y los soldados Manuel M<sup>º</sup> Rojas y Manuel Morera, todos de Alajuela; Desiderio Quesada, de Grecia; Manuel Cabezas, de San José; Joaquín Arley, de Cartago. Desaparecieron acaso ahogados en el río y arrastrados por la corriente, Salvador Sibaja, de Concepción, y Joaquín Solís, de Alajuela.



Don Luis Molina  
Ministro de Costa Rica en Washington

Acompañaban al General Alfaro en esta expedición el teniente coronel don Rafael Orozco, un capitán González y el teniente don Evaristo Fernández.

Para evitar nuevas sorpresas y poner en completo estado de defensa la plaza de Rivas, don Juan Rafael Mora encargó de las obras respectivas al teniente coronel don Pedro Bariller, francés conocido en el ejército con el nombre de "zuavo", quien desempeñó su cometido a entera satisfacción del señor Mora, según lo manifestó éste oficialmente.

Invencible el ejército de Costa Rica ante el valor y la metralla de los filibusteros, no podía serlo ante un enemigo destructor a quien no podía combatir: el "cólera morbo".

Este azote implacable había aparecido el año anterior en Nicaragua y producido muchas víctimas. Más parecía que aguardaba una ocasión propicia para que sus estragos fuesen mayores; y esa ocasión se presentó con la guerra de 1856.

Obtenido el triunfo de Rivas y mientras se preparaban los costarricenses en esta ciudad para continuar la campaña, apareció casi enseguida la peste, cebándose cruelmente en nuestro ejército.

Esto indujo al Presidente Mora a abandonar precipitadamente a Rivas, de donde salió en la madrugada del 26 de abril con su Estado Mayor y el General don José Joaquín Mora, para regresar a Costa

Rica. El General Cañas quedó allí con el mando en jefe del ejército costarricense, debiendo cuidar a los heridos del once y a los atacados del cólera.

Las víctimas que éste hacía eran cada vez más numerosas. El pánico se apoderó de muchos soldados, por lo cual decidió el General Cañas evacuar definitivamente la plaza con el fin de ganar la frontera de Costa Rica, creyendo salvar así al ejército.

Se dispuso embarcar en San Juan del Sur a los heridos para restituirlos a sus hogares; pero como no pudo hacerse con todos, hubo de dejarse algunos en aquel lugar, para los cuales se imploró la clemencia de Walker.

La verdad y la justicia obligan a decir que éste fué magnánimo. Hizo cuidar a los costarricenses que se dejaban en su poder, y los cirujanos de su ejército cumplieron con los deberes que impone la humanidad.

La desorganización de nuestras fuerzas fué completa. Jefes y soldados, huyendo del enemigo invisible que los acosaba, tomaron el rumbo que pudieron para llegar a Costa Rica. En el camino iban quedando las víctimas del cólera para servir de pasto a los animales carnívoros y blanquear con sus huesos la vía que en un principio siguieron para ir a conquistar la gloria en los campos de batalla.

Aquel ejército que un mes antes iba presuroso a luchar con los enemigos jurados de la independencia centroamericana; que en Santa Rosa y Rivas había empeñado el combate con fuego en los ojos y con entusiasmo en el alma; aquel ejército que había producido a Quirós, Alfaro Ruiz, Gutiérrez, Santamaría y Rojas, venía después a la desbandada, y parecían entre las selvas y en las llanuras guanacastecas como reunión de espectros perseguidos por el terrible mal.

En territorio de Nicaragua quedaron los cadáveres de Juan Alfaro Ruiz, Zenón Mayorga, Julián Rojas y Anastasio Calderón.

El General Cañas permaneció en Liberia algún tiempo, asistiendo heroicamente a los atacados de la peste, como jefe cariñoso y hombre de corazón magnánimo.

La primera persona del ejército expedicionario que entró a San José, fué don José Joaquín Mora, quien venía acompañado de su señora que había salido a encontrarle en el camino.

El once de mayo había llegado el Presidente a su hacienda de los Ojos de Agua, situada en jurisdicción de Alajuela. Allí permaneció varios días mientras restableció su salud quebrantada con las fatigas de la guerra.

El cólera atacó con violencia a los habitantes de todo el país. Las defunciones eran incesantes, principalmente en la capital, por cuyas calles se veían siempre los carros cargados de cadáveres con dirección al cementerio. (Por muchos años se habló del cementerio del cólera). En éste se habían abierto grandes zanjas que se llenaban constantemente. Abriáanse otras nuevas, pero la voracidad de la madre tierra parecía satisfacerse con las víctimas que engullía.

(Para impetrar la terminación de la peste se hizo la promesa jurada de sacar en procesión, el mes de junio de cada año, el Dulce Nombre, cuya imagen se conserva en el templo del Carmen de esta capital).



La histórica casa de Santa Rosa, en la finca del mismo nombre.

## LA SEGUNDA CAMPAÑA

11º—La desolación había sentado sus reales en todos los hogares de donde salían los ayes de los colerientos o los gemidos de las familias que habían perdido alguno de sus deudos. Una de las primeras y más valiosas víctimas del cólera fué don Francisco María Oreamuno, Vicepresidente de la República, que expiró el 23 de mayo. Costa Rica perdió en él un hijo preclaro, cuyo patriotismo y honradez intachable le harán por siempre inolvidable.

Calcúlase en diez mil el número de los que fallecieron; cifra altísima para un país que apenas contaría entonces ciento cincuenta mil habitantes, y que demuestra cuán profundo sería el terror que se había apoderado de todos los corazones.



Teniente Coronel don Luciano Peralta

Separada Costa Rica del teatro de la guerra, quedaba Nicaragua como antes lo había estado, a merced del audaz filibustero que osaba desafiar las iras de cinco Estados, sin temer las consecuencias fatales que podían sobrevenirle.

Pero Guatemala, El Salvador y Honduras se decidieron a intervenir en la lucha y enviaron sus ejércitos coaligados contra Walker para continuar la guerra.

Al mismo tiempo que esto sucedía, Walker disponía a su antojo de los destinos del pueblo nicaragüense. Enviaba al patíbulo a sus adversarios, confiscaba sus bienes y hacía nombrar presidentes que sirvieron ciegamente sus miras. Finalmente él mismo fué designado para regir los destinos de la nación; él, jefe de una horda de aventureros sin fe ni ley; él, autor de innumerables desgracias que llenaron de luto y desolación a Centro América.

Mientras que el ejército de los demás Estados Centroamericanos luchaba contra Walker y conquistaba lauros en los campos de batalla, aunque al mismo tiempo presa del cólera, el Presidente Mora

pensaba en la manera de enviar nuevas tropas costarricenses a Nicaragua para acabar de una vez con el enemigo y devolver a la patria común la tranquilidad que había perdido.

Faltaba para ello recursos; la población había sido diezmada, los enemigos de la guerra y del gobierno se oponían tenazmente a la realización de los proyectos del último, y todo parecía favorecer al filibusterismo con grave peligro para la libertad de la América Central, para su bienestar y su porvenir.

Sin embargo, el señor Mora se sobrepuso a todas las dificultades, venció todas las resistencias y concibió un proyecto audaz para terminar la guerra que ya se prolongaba demasiado.

Como el río San Juan era la vía por dónde le llegaban constantemente refuerzos a Walker, enviados por los esclavistas del Sur de los Estados Unidos, era preciso a toda costa apoderarse de ella y de los vapores que iban desde San Juan del Norte hasta el lago, a fin de reducir los medios de resistencia que el filibustero oponía sin cesar y que dilataban el término de la campaña.

El plan era atrevido por todo extremo. Costa Rica no tenía caminos al Norte, donde había selvas vírgenes impenetrables; no contaba con marinos ni embarcaciones para adueñarse de los vapores que surcaban el río, ni disponía, en fin, más que del patriotismo de sus hijos, del esfuerzo heroico del soldado de este suelo, que como el de Espartá, va al combate dispuesto a triunfar o a morir sin ceder nunca ante cualquier enemigo.

Antes de acometer esta empresa, dispuso el señor Mora que saliese de Liberia una columna al mando del General Cañas con dirección a Nicaragua, para cerrar el tránsito entre San Juan del Sur y la Virgen. A las seis de la mañana del dos de noviembre de 1856 salían las tropas de la primera plaza citada.

El General Cañas ocupó sin resistencia del enemigo a San Juan del Sur en la tarde del siete del mismo mes; dejó allí 75 hombres y luego marchó con dirección al lago, habiendo tomado posesión de un punto llamado RANCHO GRANDE, sito en el camino, donde esperó a los filibusteros y donde se le unieron también fuerzas nicaragüenses a las órdenes del coronel Ramírez, quien abandonó para ello la plaza de Rivas.

El diez en la madrugada fué atacado el ejército costarricense por los filibusteros mandados por Hornsby, pero fueron rechazados con energía. Con tal motivo el mismo Walker llegó con refuerzos en la noche del once, los cuales desembarcaron en la Virgen y atacaron de

nuevo, al amanecer del doce, las posiciones que antes no habían podido tomar; pero fueron vencidos otra vez y obligados a retirarse con grandes pérdidas.

Después de este hecho, unidos los Generales Cañas y Jerez, ocuparon la plaza de Rivas.

N. de R. Antes de iniciar la relación de lo que hemos llamado la Segunda Campaña o guerra fluvial, queremos poner esta apostilla. Los historiadores que se han referido a aquella gesta libertaria ignoraron que tuvo cuatro etapas: la primera, o sea la **PRÉLIMINAR**, al desembarcar William Walker sobre la costa del Pacífico de Nicaragua, el año 1855 y librarse la batalla del 29 de junio, en la ciudad de Rivas, donde se inmortalizó el ciudadano nicaragüense Emmanuel Mongalo; la segunda o sea la **PRIMERA CAMPAÑA DE COSTA RICA**, comprende la movilización del Presidente Mora, en marzo, rumbo a Nicaragua, para dar la batalla de Santa Rosa y la de Rivas, donde se inmortalizó nuestro Juan Santamaría, y la acción de Sardinal, hasta el regreso, motivado por la reaparición de la peste del cólera morbo, que ya antes, el 54, había azotado a Nicaragua. De abril a noviembre del 56 se desarrolla la tercera etapa, la **COMPLEMENTARIA**, que llamamos nosotros, y que comprende varias acciones sostenidas por los nicaragüenses que pelearon al lado de las tropas costarricenses, y que mantuvieron la actividad hasta la llegada de los contingentes de El Salvador, Guatemala y Honduras, más tarde. En ese interin se dió el combate de San Jacinto, el 14 de setiembre. La cuarta etapa, o sea la **SEGUNDA CAMPAÑA COSTARRICENSE**, se opera al volver nuestras tropas en noviembre, para tomar el Tránsito, con todos los puertos fluviales y los barcos, y cerrar el camino a nuevos envíos de tropas de Estados Unidos.

Respecto al combate de San Jacinto consigna el historiador nicaragüense don José Dolores Gámez, en su Historia de Nicaragua, páginas 663 - 4: "La batalla de San Jacinto; que en rigor no pudiera llevar otro nombre que el de acción o combate por haberse verificado con una sola clase de armas y entre dos pequeñas escoltas, fué sin embargo, de una influencia decisiva, porque estimuló y alentó a los aliados y dió el convencimiento de que los filibusteros no eran invencibles". También deben consignarse los movimientos de las Tropas Aliadas, cuyo primer contingente de salvadoreños llegó a León, Nicaragua, el primero de julio del 56, al mando del General Belloso. Walker se había reforzado tanto, que las tropas unidas de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, no pudieron impedir el incendio de Granada, en los veinte días de asedio, el cual se consumó el doce de diciembre.

12º— Para realizar el gobierno de Costa Rica su propósito de cerrar la vía del Tránsito a los filibusteros, tanto por el Pacífico como por el Atlántico, armó en guerra un bergantín que fué llamado ONCE DE ABRIL. (En recuerdo al triunfo de Rivas, en esa fecha).

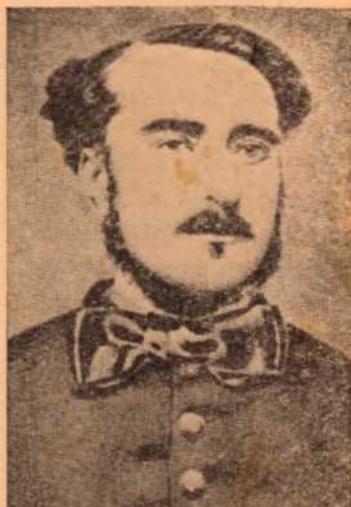
Con una tripulación de 110 hombres y bien provisto de armas y municiones, zarpó de Puntarenas el 11 de noviembre de 1856 con rumbo a San Juan del Sur, a cuya vista llegó el 22 del mismo mes a las cuatro de la tarde.

En aquel puerto se encontraba el pailebot GRANADA, perteneciente al enemigo, el cual, apenas divisó el buque costarricense, se dirigió a él en señal de ataque.

Empeñada la lucha con encarnizamiento entre las tripulaciones de ambas naves, al poco tiempo se declaró un incendio a bordo del ONCE DE ABRIL, cuyos soldados tenían que luchar con los hombres, el agua y el fuego; pero sin ceder un punto de su energía y de su bravura hasta que la explosión de la Santa Bárbara concluyó la terrible tragedia cerca de media noche, lanzando a distintos puntos del embravecido mar los restos del buque y los heroicos defensores del honor nacional.

De éstos se salvaron y pudieron regresar a la patria, José Angel Guzmán, Braulio García, Pedro Benavides, Felipe Mata, Luciano Paredes, Alejandro Durán, Juan Valverde, Dolores Román, Tiburcio Sáenz, Eusebio Aguilera, Diego Jiménez, Salvador Rodríguez, Pilar Sandoval, Felipe Guevara, Joaquín Durán, Custodio Briceño, Vital Soto, Antonio Guzmán, Mateo Pérez, Mauro Serrano, Camilo Barrantes, Ramón Vargas, Eugenio Solano, José Flores, Manuel Serrano y Gregorio Chaves.

El capitán del buque, don Antonio Vallerriestra, era un joven peruano. Después de batirse como un valiente, fué abrasado todo su cuerpo por las llamas y recogido por los filibusteros. Pasó semanas



C. F. Henningsen, Jefe de los ejércitos de infantería de Walker.

en el lecho, en San Juan del Sur, pero al fin se salvó de la muerte. Walker le dió un pasaporte para Panamá, de donde volvió a Costa Rica el 24 de febrero de 1857. (Sobre su personalidad y el servicio que prestó a Costa Rica, escribió un artículo el historiador don Cleto González Víquez).

Puesto en connivencia el Presidente Mora con el comodoro americano Vanderbilt y con los señores Wester y Spencer, enemigos todos de Walker (por el contrato del Tránsito), dispuso enviar tropas al río San Juan para tomar los vapores del Tránsito y dar así el golpe de gracia al filibusterismo.

Transcribiremos en este lugar la relación escrita y publicada por el presbítero don Rafael Brenes (cartaginés) como la mejor que puede explicar exactamente los acontecimientos que se verificaron después.

Dice así el presbítero Brenes:

—“Procuraré ser exacto e imparcial cual cumple a todo historiador. El público dirá después si he cumplido mi promesa.

Lo primero por asuntos de mi ministerio y lo segundo por sospechas de complicidad en una revolución que a fines del 56 se fraguaba contra el gobierno, violentamente se me llamó del curato de Liberia para la capital, en donde por castigo se me confió el cargo de capellán del ejército que en esos días se preparaba a combatir por el Norte al filibustero Walker.

Con gusto acepté el nombramiento, convencido de que esa circunstancia me proporcionaba la ocasión oportuna de coadyuvar a la verdadera independencia de mi patria y de Centro América. Me permitiré relatar de esa gloriosa expedición lo que conserva mi memoria.

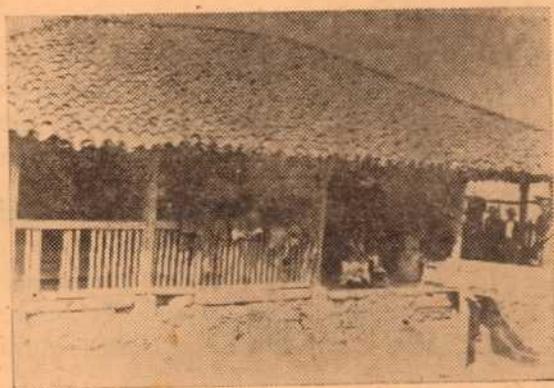
La vanguardia se componía de 200 hombres al mando del sargento mayor don Máximo Blanco, si bien en apariencia lo era el teniente coronel Bariller; los demás jefes y oficiales que formaban el Estado Mayor, eran el teniente coronel don Joaquín Fernández y capitanes Mr. Spencer y Mr. Cauty y el médico don Carlos Moya.

El tres de diciembre del citado año 1856 marchó el ejército de la capital con dirección a San Carlos.

Acababa Costa Rica de pasar por las más duras pruebas, la flor de sus hijos casi toda, había desaparecido bajo el azote de las célebres batallas de Santa Rosa y el 11 de abril en Rivas y la asoladora peste del cólera morbo. Esas catástrofes no arredraron el vigoroso nervio del ilustre Presidente don Juan Rafael Mora, de feliz memoria, para

salvar la República y, si se quiere, a Centro América, del poder ominoso de un aventurero americano del Norte. (La defensa fué para todo el Continente).

N. del R.—Olvidó el historiador citar el caso del presbítero don Víctor Godoy, que se embarcó como capellán en el ONCE DE ABRIL, por su propio gusto y pereció en el incendio de la embarcación. Este sacerdote nació en Quito, Ecuador, el diez de junio de 1828, siendo sus padres: Ciriaco Godoy y Vicenta Lazo. Realizó sus estudios sacerdotales en el Seminario de Popayán, Colombia. Vino a Costa Rica el año 1854 y sirvió el curato de Terraba. Ese, como el de Boruca, en los reductos indígenas del Pacífico, se confiaban como prueba de sacrificio, de espíritu misionero. Después pasó a servir el curato de Puntarenas, donde se agregó a las tropas costarricenses destinadas a la guerra naval. (Ver la Revista de Costa Rica. Año VIII, Nos. 1 a 5, donde el historiador Monseñor Víctor Sanabria consigna datos muy interesantes, haciendo justicia al distinguido sacerdote ecuatoriano).



Otro aspecto de la casa de Santa Rosa

13º—Desde la salida del ejército de San José hizo su marcha con toda felicidad, en términos que en el tránsito hasta San Carlos no hubo la menor queja de un individuo que molestase la atención del jefe, quien con prudencia inalterable, signo inequívoco de todo valiente, supo arreglar perfectamente bien el descanso de sus soldados en los campamentos de Alajuela, Grecia, Laguna, Mancos, Peje y San Carlos, a pesar de la fuerte lluvia.

Con anticipación el gobierno había mandado a don Francisco Alvarado Mora a fabricar embarcaciones que formaran la flotilla con que el Mayor Blanco fuese a acometer tan peligrosa como atrevida empresa. Qué embarcaciones! Trozos de gruesos garrotes labrados a golpe de hacha y machete y unas improvisadas balsas formaban nuestros navíos de guerra. Marineros, ninguno: el único marino y nadador, como Giuseppe Garibalde, era don Francisco Alvarado, y único también que hablaba el inglés para entenderse con Mr. Spencer, hombre muy importante en aquellas difíciles circunstancias.

Preparado convenientemente el ejército para emprender la navegación en el San Carlos y practicado el embarque de todos los VEHICULOS (sic) de guerra, nos hicimos a la vela a las once de la mañana del catorce de diciembre del mismo año. Un miedo aterrador se apoderó de nuestros soldados en los primeros momentos de la partida, y no carecían de razón, porque ¿en dónde habían visto jamás vías navegables?

A poco navegar, una de las balsas que conducía dos piezas de artillería y parte de la tropa por la margen izquierda del río, se estrelló en un banco de arena, y temiendo la tripulación que se desarmase, saltó a tierra en momentos que una canoa, por la derecha, se volcó con toda la gente. Entonces el intrépido Alvarado con todo y ropa se arrojó con denuedo al río y logró salvar los soldados y los demás efectos de guerra.



C. T. Fayssonx, Jefe Naval de las tropas filibusteras

Todavía dábamos gracias a la Providencia por aquel beneficio, cuando el capitán de la orilla opuesta gritaba al jefe diciendo: "la gente no quiere embarcarse". Entonces el Mayor Blanco, esforzando la voz les dirige el siguiente apóstrofe: "¡Demonios, lós fusilo!" Ah, un soldado disciplinado vale mucho! La obediencia militar eclipsa al miedo, y por esto nuestra gente no titubeó para volver a embarcarse.

Seguimos la marcha, pero de distinta manera; la flotilla en columna y la embarcación del señor Alvarado abierta afuera para dirigir a nuestros improvisados pilotos y alejar los peligros que presentarían los remansos del río. Así es que yo pensé que en toda la navegación del San Carlos, los antros del abismo se rebelarían contra nuestro primer marino señor Alvarado, porque no dejaba tener socio a sus moradores legítimos. "¡Diablo!", arriba; "demonio", abajo. Condenado de la trampa, empuña esa palanca! Boga aquí, rema allá! Esos canaletes (remos), que no se oiga más que un... taz, taz, taz!" Con semejante disciplina, por la tarde teníamos magníficos marineros.

Temprano de la tarde, acampó el ejército, se ataron los barcos a los troncos de los árboles, y después todos sin excepción fuimos a formar rancho, para pasar la noche bajo techo, aunque bien mojados, porque desde que nos embarcamos se nos ocultó el MONARCA DE LOS ASTROS. Al día siguiente en la mañana se izaron palancas y canaletes a falta de velas y continuamos la marcha. En pocos días nos encontramos al frente del majestuoso y manso río San Juan.

En la navegación del San Carlos tuvimos muchas penalidades, pero jamás conocimos el miedo. Cuando estuvimos en el San Juan, nuestras circunstancias cambiaron; sus apacibles aguas alejaban los peligros de un naufragio y ya nuestros NAVIOS RECOBRABAN LA CALMA. Este caudaloso río presenta al viajero una vista pintoresca, cuyos prolongados tablazos de azuladas aguas forman a manera de anchas y hermosísimas calles por donde podrían caminar apareados, holgadamente, hasta treinta buques comunes.

Una embarcación iba a la vanguardia para dar aviso en las vueltas del río, en el caso de divisarse alguna embarcación del enemigo.

En una de las noches que acampábamos en las márgenes del río, una furiosa creciente arancó el tronco del árbol donde atracaba la balsa de la artillería y se la llevó envuelta en los pliegues de sus tormentosas aguas. He aquí al capitán don Francisco Quirós en tierra con setenta hombres, sin poder avisar de este percance al jefe, por haber atracado su embarcación muy a retaguardia y separándonos un estero que impedía un auxilio del momento. Ocho días estuvo aquella gente sin más alimento que SURTUBAS Y PACAYAS. Nosotros, sin saber nada de lo ocurrido, seguimos la marcha hasta ocupar el estero de

Colpachí. Aquí fueron los conflictos del inminente peligro que corría la gente de aquella flotilla. ¡Ah!, sólo un milagro de la Providencia pudo haber salvado tanta vida. El capitán don Francisco Damián Soto fué de los que quedaron en aquellas lóbregas montañas expuestos a morir de hambre. Cuando veo a ese anciano agobiado bajo el peso de la pobreza y de los años, no puedo menos que exclamar: "He aquí una de los héroes de nuestra verdadera independencia nacional! Patria ingrata con lo mejor de sus hijos!"

Si la balsa que rodó al río para en el frente de la Trinidad y cae en manos del enemigo, cuál habría sido nuestra suerte? No habríamos escapado ninguno, porque los que se salvaran de la rabia de los filibusteros serían víctimas del hambre o de las fieras. Todavía el recordarlo me estremece.



Placa consagrada a Walker en Nueva Orleans

## LA ACCION DE LA TRINIDAD

14º—¿Qué paradero tuvo la balsa? Llegó o no llegó a la bahía de San Juan?

Por fortuna residía un señor Petaca adelante de La Trinidad y levantándose temprano de la mañana se apoderó de la embarcación y la escondió entre unos islotes.

Embutida en el estero de Colpachí la flotilla, esperamos la noche en la cual debía pasar por allí el vapor enemigo. Na-

die saltó a tierra; allí pasamos la noche del 21, bajo una lluvia que caía a torrentes, hasta que Dios envió la luz. ¡Qué noche! Hambrientos, empapados y casi desnudos; nadie llevaba segundo vestido ni calzado; los víveres agotados e inutilizada la mayor parte del parque, no quedando de éste en buen estado sino el que en las cartucheras habían reservado nuestro soldados de línea. Triste situación!



Walker revista sus tropas

Serían las ocho de la noche cuando pasó el vapor del enemigo, que de San Juan se dirigía al gran lago de Granada. A su vista nuestros candorosos soldados exclamaron: "POS HOMBRE, QUE BONITO ES EL GUAPOR. ¡CUANTA CANDELITA! PARECE UN MONUMENTO!" Frases que celebró mucho el Estado Mayor.

Favorecidos por la oscuridad de la noche y el ramaje de los árboles de la orilla del río, no fuimos descubiertos por el enemigo. Varió el tiempo, rompieron los vientos del Norte al amanecer, y apenas Febo apareció, se ocupó la gente, ya en tierra, en hacer fogones, secar la ropa, limpiar sus armas y calar bien sus bayonetas; mientras tanto el Jefe, los extranjeros y los Alvarado, fueron a explorar el campo del enemigo que se encontraba a una milla de distancia. Volvieron, se formó el plan de ataque, y sin pérdida de tiempo salimos en marcha por la montaña, como a las diez de la mañana, dejando la flota y los enfermos al cuidado de un oficial Ramírez.

Los fangos y maleza de la montaña hicieron muy trabajosa la marcha. Cuando hubimos llegado cerca del campo enemigo, se hizo alto; se formaron tres columnas, derecha, izquierda y centro; ésa

última, compuesta de treinta hombres y de los oficiales don Francisco y don Jesús Alvarado, don José María Rojas, don José Solano, don Ramón Campos y don Francisco Echandi.

En tan supremos momentos ví palidecer a todos mis compañeros, por supuesto que yo en cuenta; sólo en mi Santa Religión, que con orgullo profeso y confieso, encontré un consuelo; invoqué el auxilio de la Santísima Virgen, y, alentado por ésta, exhorté, con permiso de mi jefe, a todos aquellos valientes, manifestándoles: que repensasen en el inminente peligro en que nos hallábamos; que tuviesen fe en el triunfo que sería su gloria; que ninguno volviese las espaldas, pues mejor era morir con honor en el combate, que no de hambre o presa de las fieras en aquellas lóbregas montañas. Terminadas mis pocas pero enérgicas palabras, marchamos siguiendo al Mayor Blanco.

No debo omitir aquí citar un hecho importantísimo que ocurrió entre los soldados antes del combate. Don Joaquín Fernández durante la marcha había ofrecido a nombre del gobierno, el premio de 500 pesos al soldado que mejor se distinguiera por su valor. Esta oferta despertó el estímulo y casi todos creían que sería acreedores al premio. Yo, decía uno, me ganaré los quinientos pesos. No, que seré yo, decía otro. A ninguno sino a mí, repetía otro, tocará el premio. Hermosa y digna disputa: ya veremos el resultado.

El campo del enemigo era una explanada cubierta de platanillo, y a su sombra se colocaron las columnas en sus respectivas posiciones.

Averiguado por el Mayor Blanco que los filibusteros estaban distraídos alrededor de una mesa, mandó cargar al trote y a la voz de "¡Viva Mora!" se rompió el fuego, con tanto denuedo de parte de nuestra gente, que estrechando al enemigo, muerto el centinela y tomado el cuartel por la columna del centro, no quedó a los filibusteros más recurso que el frente de San Juan; pues aunque tenían la artillería al costado izquierdo del cuartel, el sargento Nicolás Aguilar, de Heredia, atrevido como un león, se apoderó de ella en los primeros momentos del ataque.

Tal fué la bravura de nuestra vanguardia, que el oficial don Dennis Jiménez (a) "MATA VIEJAS", fué necesario que recibiese de nuestra parte un sablazo en la cabeza para que su espada no se tiñese más en sangre filibustera.

En cuarenta minutos fué dueño el Mayor Blanco de La Trinidad, punto importante porque dominaba las aguas del San Juan y el Sarapiquí. Casi todos los filibusteros que allí se encontraban perecieron en esta acción, pues los que no murieron a manos de nuestros soldados, se arrojaron al agua y se ahogaron en número de 60 hombres, y sólo se salvaron seis. De nuestra parte sólo hubo dos heridos. Cuando tuvo

lugar este primer encuentro, llevaba nuestra gente dos días de no comer, y como se encontrase el rancho del enemigo bien surtido, tuvimos enseguida un banquete. Era la una de la tarde del veintidós de diciembre.

Como era natural, el Mayor Blanco, inmediatamente después del combate y en presencia de todos declaró: que el premio de 500 pesos, ofrecido por el señor Fernández, pertenecía, en justicia, al sargento Nicolás Aguilar (vecino de Barba, que treinta años después reclamaba ese dinero).



El Escudo concedido por S. M. el Rey de España  
a la ciudad de Granada, Nicaragua.

15.—En el referido punto de la Trinidad, luego que todo fué arreglado, quedó el coronel Bariller con el mando de una compañía, y el médico para que sepultasen los muertos y atendiesen los heridos. Entre éstos se contaba al comandante de los filibusteros, Francisco Thompson, a quien se le perdonó la vida, cuya generosidad le costó muchos sacrificios al mayor Blanco en todas las peripecias acaecidas en casi toda la extensión de los ríos San Juan y Sarapiquí. El resto de la gente, ya con embarcaciones muy superiores, marchó en la tarde del mismo día en dirección de Greytown (San Juan del Norte) con el objeto de tomar los vapores que allí tenía el enemigo.



Monumento  
erigido en el Parque Nacional  
de San José en 1895

A la vanguardia iban Spencer, Fernández y los dos Alvarado, tocándome a mí ir en la lancha que gobernaba Cauty. Apenas cerró la noche cuando apareció repentinamente una borrasca espantosa que parecía hundirnos entre las ondas de aquellas embravecidas olas. A la sombra de la noche pudimos llegar sin ser observados a la bahía, y al amanecer del 23 de diciembre era dueño el mayor Blanco del referido puerto, de cuatro vapores que allí estaban surtos en poder del enemigo y desde Punta de Castilla hasta la Trinidad.

Ni en la ocupación del puerto, ni en la toma de los vapores hubo que lamentar ninguna desgracia porque no se necesitó de la fuerza: se triunfó con la sorpresa.

Terminado el alarma que naturalmente recibieron los habitantes del lugar con la ocupación de los vapores por nuestras tropas, ofrecían un verdadero espectáculo a los curiosos, por su lamentable situación, pues más que soldados de un pueblo civilizado, parecían salvajes: los que tenían sombrero carecían de camisa, y al contrario. En la mañana del mismo día observé que un inglés colocado a cierta distancia, dibujaba sobre un papel a nuestros soldados, sin duda para

darnos a conocer en Europa. Pocos días después, en efecto, los periódicos ingleses exhibían en litografía, como objeto de curiosidad, el retrato de nuestros desnudos, pero valientes soldados.

A eso de las ocho de la mañana, los filibusteros y algunos extranjeros se hacen sospechosos de una sublevación, pero el mayor Blanco impuso el orden y atrajo la confianza después de que se entendió con Mr. Scott, quien temeroso de los desmanes de nuestra tropa, hizo venir una lancha de un vapor de guerra inglés que estaba fondeado en la bahía. Cuarenta soldados, próximamente eran los que nos acompañaban en ese memorable día.

En la tarde visitó el Estado Mayor la población de San Juan; fuimos recibidos con grande aplauso, y es digna de mención la señora Nicánor Guillén de Caamaño, por los buenos servicios y atenciones que nos prestó. (Luego se trasladó a vivir a Cartago).

Al día siguiente salimos del puerto conduciendo los vapores por el río San Juan y dirigidos por extranjeros que voluntariamente se ofrecieron a prestarnos este servicio. Como a media noche tuvimos la pena de perder un soldado que dormido se levantó y se arrojó al agua. Al amanecer del 25 arribamos a la Trinidad, en donde tuvimos el gusto de encontrar la gente que había quedado en tierra cuando la balsa fué arrastrada por el río y que Petaca ocultó. Quedó en este punto de la Trinidad don Pedro Bariller, con la correspondiente guarnición.

El mejor y más grande de los vapores se armó a la americana, con una bandera estrellada. Sobre cubierta iban los costarricenses disfrazados con magníficos vestidos yankees, de manera que los enemigos no podían ni sospechar siquiera que la gente que conducía el vapor fuera costarricense. ¡Feliz estrategia a que la necesidad ayudó a nuestro Jefe! El enemigo, en efecto, nos dejaba acercar a sus embarcaciones y cuando abrían los ojos ya estaban en nuestro poder. Ya puede imaginarse la impresión que recibiera en la sorpresa la tripulación filibustera, que rendida quedaba prisionera bajo la vigilancia de los nuevos dueños de su vapor.

El último que se tomó fué el "Virgen", que contenía un magnífico y flamante armamento de rifles y de artillería. Este vapor estaba fondeado al frente del Castillo Viejo, y con la toma de él la guarnición que permanecía en el morro huyó despavorida.

Este nuevo triunfo de nuestras armas sobre el filibustero, alcanzado sin el sacrificio de una sola vida, fué festejado con una copa que nos brindó el mayor Blanco.

Apenas se dió un corto descanso a la poca gente que tripulaba nuestro buque (que era muy poca porque el resto se había quedado

ocupando importantes puntos), nos hicimos a la vela con dirección al fuerte de San Carlos. Ya cerca de este punto, entre nueve y diez de la noche del 30, ancló el vapor.

Conferenciaron los jefes y oficiales, se dió orden al intrépido capitán Cauty para que con ocho valientes íuese a tomar una gran pieza de artillería que guardaba la extensión del río por el lado Norte, y que se encontraba como a doscientos pasos del cuartel principal. Con el agua arriba de los hombros, entre zarzales y malezas llegaron a enferentarse casi a la boca del cañón que cuidaba un centinela. ¡Qué arrojo! ¡Qué intrepidez! Allí permanecieron estos valientes hasta que tuvieron aviso de la ocupación del Fuerte por nuestras fuerzas. A continuación levantamos el ancla y marchamos hasta enfrentarnos con el Fuerte en donde se rindieron las señales de estilo.



**Presbítero don Pedro Cambronero Rodríguez,  
uno de los Capellanes del Ejército Costarricense  
luciendo su condecoración.**

16<sup>o</sup>—Momentos después llegaron a bordo de nuestro buque el capitán y el comandante de aquella fortaleza en una veloz chalupa. Tan luego tocaron la cubiertá aquellos personajes como fueron sorprendidos por las espaldas de nuestros oficiales Alvarado, Fernández, Spencer y nuestro afortunado jefe; se les intimó la rendición de la fortaleza, con la advertencia de que si había oposición, a una señal cargarían sobre ellos más de 500 hombres que allí cerca teníamos apostados en el punto de la Garita. Aunque por el momento el comandante mostró resistencia, al fin cedió a la intimación, expidiendo orden escrita de entregar la guarnición.

Es necesario hacer justicia al referido comandante, que no fué ni un cobarde ni un traidor al rendirse; conservó toda la dignidad y todo su valor en tan supremos momentos; la idea de que 500 hombres circulaban el Fuerte era lo bastante para hacerle comprender que una resistencia de su parte, sin elementos, lejos de significar valor, habría sido criminal imprudencia el sacrificio de tantas vidas, a pretexto de una fidelidad mal entendida. Yo ví a ese jefe de gallarda estatura, palidecer; sus ojos centelleaban, con ambas manos tiraba de su larga barba, y las contorsiones de su cuerpo demostraban la inmensa pena moral que le devoraba a consecuencia de su rendición.

La balandronada de nuestro jefe en tan comprometida ocasión fué oportuna, pues a saber el comandante del Fuerte que en vez de 500 hombres de nuestra parte, apenas llegaban a 50 con todo y oficialidad, por ningún caso aquel jefe se habría rendido porque su guarnición era muy superior.

Entregada la fortaleza en la misma noche, nuestra gente fué colocada en el morro, y la guarnición filibustera pasó prisionera a bordo de nuestro vapor, en número de 70 hombres.

Cuando amaneció el día último del para Costa Rica año fatal de 1856, los vencedores costarricenses pudieron gozar de la vista de la gran



Los humildes campesinos que se batieron contra la falange de Walker.

parte del territorio nicaragüense arrancado a la codicia del filibustero Walker. ¡Cuánta gloria para el mayor Blanco, poner a disposición de su gobierno, llena de honra, la grande y difícil empresa que se lociófiara contra el filibusterismo que por el Norte amenezaba nuestra independencia y que ya ostentaba aires de triunfo paseándose en lujosos vapores sobre las aguas del San Juan! Cuánta gloria repito, poner en manos del general en jefe casi la tercera parte del territorio nicaragüense, desde San Juan hasta las costas de Rivas y Granada! Al Norte las costas de Chontales; al Sur, el gran lago; y al Este, la costa de los Caribes hasta Tortuguero. No es poca cosa: ¡Loor eterno al jefe Blanco!

No quedaba al enemigo más esperanza que el vapor "San Carlos" que conducía los pasajeros del puerto de La Virgen al Fuerte. Esta presa estaba reservada al General don José Joaquín Mora quien llegó en la madrugada del primero de enero en el vapor "Virgen", acompañándole el coronel Salazar, don Clodomiro Escalante, don Julián Echandi; el negro Oreamuno y algunos pocos soldados.

Desde la llegada del señor Mora, la fuerza se puso en pie y se comenzó el arreglo de los campamentos que habían de ocupar los batallones con sus respectivos jefes.

Se aproximaba la llegada del San Carlos y era necesario dar caza al último recurso que le quedaba al enemigo en el gran lago.

Dos días antes de llegar dicho vapor CAYO EN LAS PESAS una balandra con seis americanos que fueron capturados inmediatamente. Estos nos llevaron la noticia de que al día siguiente arribaría el "San Carlos" al Fuerte. El General Mora se preparó para la toma despachando a don Francisco Alvarado al mando de un vapor que destacó a distancia de mil varas aguas abajo del río. Las piezas de artillería fueron colocadas en sus respectivos lugares, acompañando al jefe Mora en esta operación, entre otros, don José Francisco Peña, don Cruz Alvarado, el secretario don José A. Mendoza y el joven oficial don J. Rafael Echavarría... Todo esto se practicó después de que se hubo divisado con el anteojo la venida del vapor. Fondeó éste entre nueve y diez de la mañana del tres de enero, al frente del Fuerte.

El balance de un vapor tan magnífico y la multitud de cabezas que asomaban sobre cubierta, presentaban una vista hermosísima digna de nuestra admiración. Dada y contestada la señal de costumbre (entre los filibusteros), que consistía en dos toques de válvula del vapor y un cañonazo de la guarnición del Fuerte, se hizo a la vela la referida embarcación, sin apercibirse de la trama que le teníamos urdida. Al pasar por nuestro frente, un bote que teníamos preparado al efecto, con dos extranjeros aleccionados y bien pagados, se acercó al vapor y anunció de parte del comandante del Fuerte, que William

Walker tenía allí, que no había novedad. Así se acostumbraba. A poco navegar, Mr. Spencer impone al vapor la orden de rendirse; ante tal sorpresa intentan los filibusteros retroceder y auxiliarse con la guarnición del Fuerte; pero era tarde, ya habían caído en nuestras redes, porque por todas partes estaban flanqueados: por la retaguardia les teníamos la boca de dos cañones de a 24 y como 200 rifles que amenazaban con la muerte y la destrucción a aquel nayio.

A pesar de la resistencia de algunos filibusteros, el capitán del "San Carlos" calmó los ánimos e hizo formal entrega del vapor con todas sus existencias, sin necesidad de hacer un tiro. Enseguida se dió orden de reunir en aquel punto todos los vapores.

En menos de quince días las fuerzas costarricenses habían tomado al enemigo tres fortificaciones y nueve vapores, con sólo CIEN hombres que de los 200 habían quedado.

Así concluyó aquella grande obra que costo al filibusterismo todos sus mejores recursos, cuya arteria, herida de muerte, amenazaba para siempre el destronamiento de un ambicioso extranjero que en vano pretendía adueñarse de Centro América.



Presbítero don Francisco Calvo,  
otro de los Capellanes del Ejército Costarricense  
y autor del discutido Libro de las Defunciones  
de la guerra de 1856-57.

17.—Libre la laguna de enemigos, don José María Oreamuno (a) el Negro, se mandó en comisión para llevar al Ejército de Occidente (donde a la vez nuestras armas aliadas con las fuerzas de los otros Estados luchaban contra los invasores), la feliz noticia de nuestros triunfos.

Yo también fui enviado a la costa de Chontales a administrar los auxilios espirituales a un enfermo, con encargo de llevar a aquellos pueblos la fausta nueva que con justicia nos cubría de gloria y nos agobiaba de satisfacción. La alegría de aquellos costeños era tanta al oír mi débil voz que desde unos grandes bongos que había en la playa les dirigía, anunciando su libertad, que me colmaron de regalos que llevé al campamento para repartirlos entre mis compañeros de armas.

A mediados del mes recibió el General Mora noticias de que los filibusteros en Greytown formalizaban una reacción con 700 hombres para recobrar las vapores. Por fortuna nos acaba de llegar un vapor con el General Estrada y 200 hombres, e inmediatamente se mandó al mayor Blanco a la Trinidad en el vapor Ogden, con tres oficiales y 20 soldados para reforzar la guarnición que en aquel punto tenía el "zuavo". Al mismo tiempo se mandó al coronel Cauty al Castillo Viejo con la fuerza y recursos necesarios.

Al llegar el mayor Blanco a la Trinidad se encontró la guarnición en el más lamentable estado: las fatigas, las privaciones y el hambre que les había devorado, tenían enfermos a muchos y todos parecían espectros ambulantes.

La llegada de Blanco fué un gran consuelo para aquella pobre gente que con unos días más sin auxilios, habría perecido toda. A mejorar tan triste situación y a prepararse para la defensa en el ataque



Grabado de la ilustración con que el periódico "San Francisco Chronicle" encabezó el primer capítulo (31-X-1909) de una serie que formarían el libro "Filibustering With Walke, de Ginton Rollins".

de los filibusteros, anunciado de una día para otro, se consagró todo el mayor Blanco: sólo 28 hombres tenía sanos!

El 19 en la tarde llegó un vapor trayendo un refuerzo de 250 hombres al mando del teniente coronel don Pío Fernández, pero sin provisiones.

Penalidades sin cuento sufrió nuestro ejército en aquellos aciagos días por la falta casi absoluta de víveres y de un local para su alojamiento. La estación en aquel paraje era de riguroso invierno y al pasar nuestra gente los días enteros con sus noches entre el fango y expuestos al sol, al agua y al sereno, las enfermedades y la muerte eran la natural consecuencia. Cuadro triste y desgarrador era el que presentaban nuestras fuerzas en aquella fatal ocasión de eternos recuerdos! ¡Ah! Cuántos sufridos y valientes soldados enfermos yacían tendidos en el lodo y al aire libre, sin una mano amiga que estrechar ni un médico que los asistiera! El jefe tenía que ocuparse en los preparativos para la defensa; estaba avisado que de un momento a otro sería atacado y le era absolutamente imposible remediar todos los inconvenientes y todas las desgracias de que era víctima nuestro ejército.

La conclusión de un espacioso rancho que fué encargado al pundonoroso y valiente como pocos, capitán Herra (don Tomás, más tarde ascendido a General), vino a mejorar un tanto la triste situación de nuestra fuerza.

Por fin llegó el día en que los filibusteros atacasen formalmente el punto ocupado por el mayor Blanco, lo cual sucedió el seis de febrero, como a la una de la tarde. El enemigo embistió con ferocidad; los primeros fuegos de su magnífica artillería destruyeron la principal habitación que tenía Blanco. Este contesta también con su artillería y se empeña un reñido combate que duró tres horas próximamente, al cabo de cuyo término se retiró el enemigo con su vapor de guerra.

Dos días después, como a medio día, vuelven los filibusteros a aparecer, trayendo un vapor armado con artillería y una columna por tierra, compuesta como de 400 hombres, se establecen de nuevo los fuegos por ambas partes; el enemigo no manifiesta grande empeño en una derrota; su objeto parece ser el de inspeccionar o reconocer el campo; y el mayor Blanco, como careciera de suficiente parque y tubos, apenas de cuando en cuando hacia fuego para hacer entender siquiera que el punto no estaba abandonado. Al cabo de dos horas se volvió a retirar el enemigo.

Con algunas alternativas se mantuvieron los fuegos hasta el 13 del citado mes de febrero, en que tuvo lugar el más formal combate, y en el cual se distinguieron muchos valientes, tanto en la oficialidad

como en la tropa. No fué suficiente el parque que tenían los nuestros para competir con el del enemigo, y agotado el último cartucho, el mayor Blanco tuvo que abandonar aquel punto salvando su gente que condujo por la vía de Sarapiquí. Principiaron los fuegos en la madrugada y duraron hasta el anochecer, en que se verificó la retirada de nuestras fuerzas; y durante ese día memorable sólo se racionó una vez nuestra gente, tocando a cada uno un puño de arroz crudo y un pedazo de dulce.

En esta jornada se distinguió sobre todo el sargento Juan Romero, vecino del Zapote, de quien el capitán Herra, dirigiéndose a Blanco, se expresó así: "Valientes como Romero podrán existir; pero superiores, jamás". Este humilde héroe de la Trinidad vivió muchos años más, eso sí, olvidado!

Algunos por aquel tiempo trataron de oscurecer la gloria del mayor Blanco a pretexto de su retirada de la Trinidad; pero si lo consideramos en las circunstancias que se hallaba, lejos de merecer el menor cargo es digno de encomio. Con sólo quince tubos de rifle, último resto del parque, hizo la retirada!



La casa del Alcalde (Dibujo a pluma de un inglés)

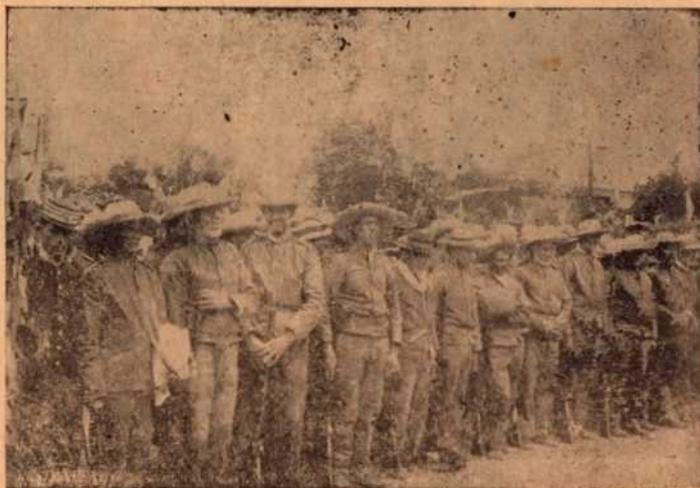
## EL VALOR Y LA ESTRATEGIA DEL CORONEL CAUTY

18.—Orgullosos los filibusteros con la toma de la Trinidad, embistieron el Castillo, vigorosamente defendido por el coronel Cauty, al lado del cual murió, entre otros valientes, el joven oficial don Rafael Rojas. El arrojó del enemigo fué tal, que circunvalada aquella fortaleza llegó a reducir a su defensor al estrecho círculo del morro, en donde por falta de municiones le era imposible sostenerse. Esta difícil posición obligó a Cauty a pedir tres días de tregua que le fueron concedidos en el acto. Pudo el sitiado en la primera noche hacer bajar un soldado, pendiente de una cuerda, con encargo de llevar al General Mora, (que se encontraba en el Fuerte), la noticia de su mala situación. Cumplida por el soldado tan arriesgada comisión, el general alistó en el acto una compañía que confió al mando de los capitanes don Jesús Alvarado y don Joaquín Ortiz. Navegaron éstos el resto de la noche y al amanecer atacaron al enemigo con tal arrojó y bravura que antes de las seis de la mañana los filibusteros habían sido desalojados y los contornos del Castillo cubiertos de cadáveres y de heridos. De nuestra parte no hubo ninguna baja en esta jornada, tan atrevida como gloriosa.

Salvado Cauty de aquella difícil situación, inventó la estratagema de henchir de pólvora y leña una barca y calafetearla para que los enemigos incautamente la utilizasen. Así fué como se hizo volar un vapor enemigo con toda su tripulación.

Este inesperado descalabro desalentó a los filibusteros, perdiendo la esperanza de reconquistar las fortificaciones del río. Los pocos que se salvaron de la derrota del Castillo y destrucción del vapor se refugiaron en San Juan del Norte.

A la sazón las fuerzas aliadas de Occidente tenían estrechado al General Henningsen en la ciudad de Granada y nuestro General Mora



Grupo de veteranos de la Campaña 1856-57

quiso cerciorarse personalmente de la situación del puerto de La Virgen. Se fué en el San Carlos y al llegar al puerto, el enemigo le hace un fuego vivo y casi cae en sus manos. Su salvación fué milagrosa.

Los progresos de los triunfos aumentaban de día en día por parte de los ejércitos aliados, y para dar el último golpe a Walker se hacía preciso convocar una junta de generales y nombrar un mayor general o generalísimo, que dirigiese la guerra hasta la conclusión. (Se había presentado una dificultad por la jefatura de las fuerzas aliadas). La reunión tuvo lugar en el vapor "San Carlos" surto en el puerto de Granada, y a la que concurrieron los generales Chamorro, Zavala, Xatruch, Cañas, Jérez, Martínez, y Chamorro. Tocó la suerte de recaer la elección de tan distinguida honra en el general costarricense, (Don José Joaquín Mora, cuyo prestigio militar era ya indiscutible). A don José Francisco Peña, don Rafael Chavarría y varios otros costarricenses, nos cupo la honra de presenciar tan augusta asamblea.

Mientras un hecho de tanta significación se realizaba en el vapor, una comisión fué a traer de la casa de los señores Lacayo diez mil pesos que prestaron a nuestro gobierno.

Cuando llegamos a la playa de Granada supimos que aquella hermosa ciudad se encontraba reducida a escombros a consecuencia de la guerra, y que el convento de San Francisco contenía más de trescientos cadáveres insepultos. (Walker había ordenado a Henningsen incendiarla). En la tarde del mismo día regresamos para el Fuerte, adonde llegamos en la mañana del día siguiente.

Como el dinero prestado por los señores Lacayo no fuera suficiente para cubrir los gastos más perentorios, y además el reducido número de soldados demandase un inmediato refuerzo, resolvió el generalísimo enviarme a su gobierno a solicitar se le proveyese de tales auxilios. Se me alistó en efecto una embarcación de seis remos, cuyos bogas fueron indios de la isla de Ometepe. Mi navegación fué feliz, y a los cinco días entregué al Presidente los paquetes que conducía, quien después de una larga conferencia en que me manifestó los muchos obstáculos que había vencido para llevar a cabo la guerra, me ofreció su amistad en los mismos términos que lo había hecho su hermano el general, concluyendo por facultarme para que fuese a visitar a mi señor padre que residía en Cartago, y que sobre el día que debía contramarchar me avisaría oportunamente.

Sin pérdida de tiempo se alistaron 500 hombres, cuyos capitanes fueron: don Indalecio Sáenz, don Francisco Aguilar Cubero, y don Rafael Castillo, cartagineses, y don Francisco Quirós, de San José. Esta división salió al mando de don Alejandro Escalante Navarro por la vía de Guanacaste, para embarcar en el puerto de "Tor-

tuga"; pero teniendo el gobierno avisos continuados de que la tropa sufría en la marcha duro tratamiento del jefe, cuando menos lo esperaba recibí orden de marchar a alcanzar la fuerza. En el acto obedecí, recibiendo una gruesa cantidad de miles de onzas de oro para entregar al general en jefe con un paquete de correspondencia y órdenes reservadas. La principal entre éstas tenía por objeto entregar la división al coronel Bosque.



Templo de la ciudad de Rivas que los filibusteros tomaron como fortaleza.

19.—En tres días me puse en Liberia, y no pudiendo dar alcance al señor Escalante en el camino, llegué a aquella ciudad una hora después de haber sido desconocido éste como jefe por los cuatro capitanes Sáenz, Aguilar, Castillo y Quirós, quienes fueron secundados por sus compañías.

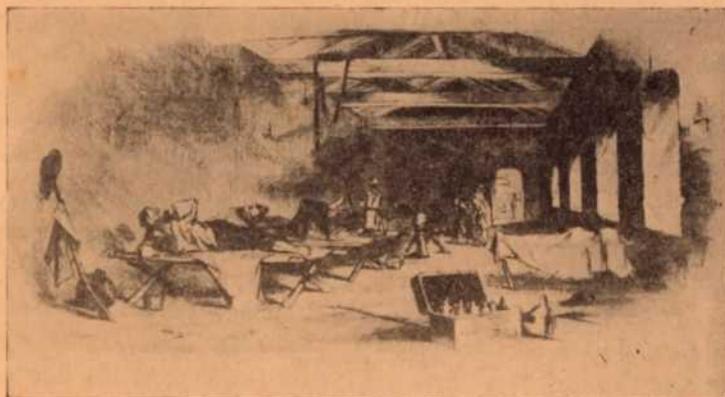
Impuesto de todo lo ocurrido, en uso de las facultades de que iba investido, entregué a Bosque la división, con lo que se restableció el orden y la tranquilidad de la misma.

El coronel Escalante se dirigió a "Tortuga" en donde se encontraba su hijo Clodomiro que capintaneaba el vapor "Virgen" y que conducía más tropa para San Jorge.

Al día siguiente celebré misa, la que oyó la tropa, y le dirigí la palabra en el sentido con que se alienta al soldado que va a dar la vida por la libertad de la patria, y enseguida nos pusimos en camino gritando todos a una: ¡Viva Mora! ¡Viva Costa Rica!

Otro día, a eso de las cinco de la tarde llegamos a "Tortuga"; me acompañaba el inteligente don José Aguilar, de San José, quien, al embarcarnos, fué atacado del cólera morbus, con tal violencia, que pocas horas después expiró. Para no alarmar al pueblo le oculté la clase de enfermedad que causó la muerte a aquel apreciable caballero, pero sí lo participé a mi gobierno.

Este percance dió lugar a que yo no llegase con toda la tropa, al mismo tiempo, al campamento de San Jorge, y tuviese ocasión el coronel Escalante para denunciar ante el general en jefe, con un terrible informe, la sublevación ocurrida en Liberia. El proceso se había levantado con suma prontitud, y ya los cuatro capitanes tenían sobre sí del consejo de guerra, la sentencia que les condenaba a la pena capital, que debía ejecutarse en la isla de Ometepe, donde estaban los reos presos.



Hospital militar en Granada.

Profunda pena me causó el saber la triste suerte que se preparaba a mis compatriotas, los cuatro valientes capitanes cuyo patriotismo habían demostrado más de una vez en el campo de batalla; uno de los cuales, Aguilar Cubero, murió después en la célebre acción del 11 de Abril, en que William Walker hizo el último esfuerzo antes de rendirse al poder de los ejércitos centroamericanos; y Castillo, resultó el oficial más valiente en la defensa de la Trinidad. Era necesario salvarles la vida, y mi sagrada obligación interponer mis oficios al efecto. Me presenté al generalísimo pidiendo gracia para los reos: le manifesté la orden reservada del Presidente Mora para deponer al jefe Escalante; y por último invoqué los ofrecimientos que solemnemente me había hecho en el Fuerte; y con tales palabras, la sentencia fué revocada. Tocóme en suerte llevar, en compañía de don Faustino Montes de Oca, la buena noticia de su libertad a los cuatro prisioneros en la citada isla, quienes inmediatamente que llegaron al campamento, ocuparon sus respectivos puestos con gran júbilo de la tropa.

Cuando el refuerzo de los 500 hombres llegó a San Jorge, ya había pasado aquel día fatal en que los filibusteros habían arrojado cuatrocientos noventa y tantos cañonazos sobre la población de San Jorge, en donde estaban acampados los ejércitos aliados.

A pesar de los muchos estragos que causó la artillería del enemigo, se dispuso batir a los filibusteros, si no me equivoco, en los primeros días del mes de marzo.

Los encuentros ocurridos en dicho mes, hasta el célebre combate del 11 de Abril, tan deplorable para nuestros ejércitos como feliz para la libertad de Centro América, los describiré en la segunda parte de este bosquejo.

Ponemos punto a la importantísima relación, del presbítero Brene, testigo presencial y actor a veces de los hechos que narra, la cual merece toda fe.

El 28 de enero de 1857 las fuerzas aliadas de Costa Rica y Nicaragua, al mando de los generales Cañas, Jerez, Zavala, Chamorro y Xatruch, se establecieron en San Jore, a orillas del lago de Nicaragua, dedicándose desde luego a fortificar la plaza de la mejor manera posible para resistir a Walker que a la sazón se hallaba en Rivas.

Al día siguiente apareció el enemigo a las órdenes de Henningesen, y acto continuo se empeñó el combate. Este duró más de dos horas con un encarnizamiento sin igual por entrambas partes. y al cabo los filibusteros se retiraron con muchas pérdidas, después de haberles cargado los costarricenses a la bayoneta para defender al sargento mayor Tomás Guardia, que había caído con las dos piernas atravesadas por una bala.

Una nueva tentativa de Henningsen en las últimas horas del mismo día no le dió mejor resultado que la anterior, viéndose obligado a retirarse a Rivas precipitadamente.

Walker quiso reparar el desastre de su ejército y para ello se puso él mismo al frente de más de 450 hombres, con los cuales marchó a San Jorge en la noche del 3 de febrero.



[Los bonos que emitió Walker en Nicaragua para financiar su empresa bélica.

20.—Allí (en San Jorge) sorprendió en la madrugada del 4 al ejército aliado, que se encontraba tranquilo y desprevenido, y logró penetrar hasta el centro de las trincheras. Por fortuna para la causa de la libertad, el General Hernández, que ocupaba una posición ignorada de Walker, hallábase en actitud de atacar a éste por la retaguardia, como lo ejecutó, con lo cual tuvieron que huir los filibusteros una vez más hacia Rivas, quedando libres los aliados del peligro inminente que habían corrido.

Todavía atacó Walker a San Jorge el 7; pero la acción se redujo a disparar los filibusteros unos cuantos cañonazos para atemorizar a sus enemigos.

Para dar unidad a las operaciones contra el enemigo común de Centro América y apresurar la conclusión de la guerra, los gobiernos de todos los Estados convinieron en elegir a don José Joaquín Mora para Generalísimo del Ejército Aliado de las cinco Repúblicas, título honrosísimo para él y para su misma patria, pero merecido por el digno jefe que había sabido dar gloria a Costa Rica en las distintas ocasiones en que dirigió al soldado costarricense para que conquistara laureles en el campo de batalla.

La guerra tomó distinto aspecto. Mora quiso terminarla pronto, a cuyo fin dispuso poner sitio a Rivas para obligar a Walker a rendirse por hambre.

Levantóse, pues, el campamento de San Jorge, quedando en esta plaza sólo cien hombres al mando del coronel Carvajal, y el 22 de marzo comenzó el sitio de la ciudad de Rivas, último baluarte del filibusterismo y en la cual se encontraba Walker.



Puerto de San Juan del Sur, Nicaragua

A contar desde la citada fecha hasta el 11 de abril, los aliados sostuvieron continuos combates con los filibusteros, pero sin vencer la resistencia desesperada de éstos y si teniendo que sufrir pérdidas considerables cada vez.

El General Mora preparó el ataque decisivo para el 11 de abril, aniversario de la gloriosa batalla dada en la misma plaza el año anterior, pero Walker, que lo sospechó así, dispuso todo lo necesario en tales casos para defenderse y evitar su derrota, que sería el final de la campaña y la sentencia de muerte del filibusterismo.

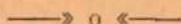
Llegado el día, rompióse el fuego a las cuatro de la mañana, tomando parte activa en el combate los ejércitos guatemalteco, nicaragüense y costarricense, los cuales, no obstante su arrojo y bizarría, fueron rechazados por el filibustero, fuerte dentro de sus trincheras y de las casas aspilleradas. Al cabo de cuatro horas, o sea a las ocho de la mañana, habían cesado los fuegos y quedaban en poder de Walker varios prisioneros costarricenses, entre ellos el denodado capitán Adolfo Escobar, que además recibió una herida. Hubo cerca de trescientos soldados muertos y heridos de los distintos cuerpos del ejército aliado.

El sitio de la plaza continuó sin interrupción, desde ese día funesto; pero el capitán Carlos Enrique Davis, de la corbeta de guerra norteamericana "Saint Mary", intervino con empeño a fin de obtener la conclusión de la guerra por medio de la rendición del jefe filibustero y de su falange.

Deferente el General Mora con Mr. Davis, aceptó la mediación de éste, la cual dió por resultado un convenio por el que Walker, después de pedir garantías para todos los suyos, se comprometía a evacuar la plaza de Rivas y a embarcarse a bordo de la "Saint Mary" con su Estado Mayor.

Davis recibió de Henningsen la ciudad, el PRIMERO DE MAYO DE 1857, fecha en que la capitulación se firmó y en que América Central quedó libre del invasor que había creído poder enseñorearse de ella en provecho propio y de los esclavistas de la Unión Americana.

"El día dos los ejércitos aliados ocuparon a Rivas después de haber estado cuarenta días en sus inmediaciones procurando arrancar aquella ciudad de manos del enemigo"



La noticia de la rendición de Walker causó en Costa Rica un entusiasmo indescriptible que se tradujo en fiesta popular y en diversiones de todo género. Ella fué anunciada en San José con una salva de 101 cañonazos que comenzaron a dispararse a la una de la tarde del siete del mismo mes de mayo.

El General don José Joaquín Mora había salido de Rivas el tres con una columna de 500 hombres, quedando en dicha plaza el General Cañas y los aliados, por unos días más.

Se produjo la última proclama:

“Juan Rafael Mora, a los Dignos defensores de la América Central.

Jefes, oficiales, y soldados todos de las fuerzas aliadas de Centro América: Costa Rica os saluda, Costa Rica os felicita por vuestro noble comportamiento! Yo os doy en su nombre las más fervientes gracias por el honroso triunfo que unidos habéis conquistado. Que esa unión, ese amor a la patria y a sus santos derechos, crezcan y sean fecundos para todos.

Os habéis abrazado en el campo de batalla: permaneced siempre así, y Centro América verá extinguirse las revoluciones que la han despedazado y disiparse los peligros que aún la rodean.

Veneración a los que rindieron la vida en tan cruenta como santa lucha. ¡Loor perpetuo a vosotros!

San José, mayo 7 de 1857”.—

—> o <—

En la Catedral se ofició un Té Deum; en la Universidad de Santo Tomás un banquete y un brindis del Presidente Mora.

El 14 de julio entró la columna expedicionaria que había triunfado en el río San Juan, con la cual venían el coronel Juan Baldizón y el sargento Juan Estrada, militares conspícuos.

Walker regresó a Estados Unidos. El 12 de noviembre del mismo año 57 intentaba otra expedición en el “Fashion”. El proceso iniciado en New Orleans contra él lo favoreció. El seis de agosto del año 60 tomó el puerto de Trujillo, Honduras, en su cuarta y última aventura.

El capitán del buque de guerra “Icarus” lo entregó a los hondureños y tras un corto proceso fué fusilado el 12 de noviembre de 1860.

Así terminó el ULTIMO FILIBUSTERO. Centro America quedó libre y Costa Rica ciñó un laurel, que al cabo de los cien años reverdece y es símbolo de agradecimiento sobre las tumbas de los héroes que realizaron esa gesta gloriosa.

# INDICE:

	<u>Páginas</u>
Presentación.....	5
1—Campaña Nacional.....	7
2—Costa Rica rompe con el gobierno de Corral y el Presidente Mora llama a las armas.....	10
3—Se declara la guerra al filibustero.....	13
4—Las tropas costarricenses dan la batalla de Santa Rosa	15
5—En catorce minutos se tomó Santa Rosa.....	18
6—Walker reconoce la derrota de Santa Rosa.....	20
7—Los costarricenses entran a Nicaragua.....	22
8—La acción de Juan Santa María: 11 de abril de 1856..	24
9—Combate de Sardinal: 10 de abril de 1856.....	26
10—La peste del cólera morbo.....	28
11—La segunda Campaña.....	31
12—Voladura del bergantín Once de Abril.....	34
13—Narración del capellán presbítero Rafael Brenes.....	37
14—La acción de La Trinidad.....	40
15—La toma de los vapores en Greytown.....	43
16—La entrega del fuerte de San Carlos.....	46
17—El combate de La Trinidad: 6 de febrero de 1857.....	49
18—El valor y la estrategia del coronel Cauty.....	52
19—Los ataques a San Jorge.....	55
20—Rendición de Walker: primero de mayo de 1857.....	58

Este trabajo fue insertado en DIARIO DE COSTA RICA, en las ediciones aparecidas del 8 de mayo al 14 de junio siguiente, de este año 55.

*Ediciones de divulgación popular:*

- 1.—LA CAMPAÑA NACIONAL:  
De Joaquín Bernardo Calvo Mora. (Dos ediciones  
de diez mil ejemplares cada una.)
- 2.—JUAN SANTAMARÍA.
- 3.—PROCLAMAS Y MENSAJES.
- 4.—BATALLA DE SANTA ROSA.  
(20 de marzo de 1856.)
- 5.—BATALLA DE RIVAS.  
(11 de abril de 1856.)
- 6.—LA SEGUNDA CAMPAÑA.  
(En preparación.)



*Próximamente:*

LIBRO DOCUMENTAL.

CRÓNICAS Y COMENTARIOS.

**NOTA:** Estas publicaciones se distribuyen gratuitamente en los Archivos Nacionales.